

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

UNA PUERTA SIEMPRE ABIERTA

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


Selección
TERROR
BOLSILIBROS BRUGUERA
CLARK CARRADOS
UNA PUERTA SIEMPRE ABIERTA
SOLO MAYORES DE 18 AÑOS
www.todocoleccion.net



CLARK CARRADOS

UNA PUERTA SIEMPRE ABIERTA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 449
Publicación semanal
Aparece los MARTES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

1. 444 — Viaje al infierno, Ada Coretti.
2. 445 — Compradora de vidas, Clark Carrados.
3. 446 — No olvidéis llevarme flores, Lou Carrigan.
4. 447 — Se bañaba en sangre, Ada Coretti.
5. 448 — La espantosa muñeca, Curtis Garland.

ISBN 84-02-025064 Depósito legal: B. 27.388-1981
Impreso en España - Printed in Spain
1.a edición: octubre, 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981.

CAPITULO PRIMERO

El coche llegó a gran velocidad y describió una ceñida curva antes de detenerse frente a la casa, con gran estruendo de frenos. Las ruedas traseras despidieron a lo lejos chorros de gravilla, mezclada con polvo, que luego fue depositándose poco a poco sobre el suelo.

Una mano nerviosa cortó el encendido y el motor se detuvo. Acto seguido, e! conductor se apeó y corrió hacia la casa. Había media docena de escalones antes de la puerta de historiadas tallas en roble y los salvó en un par de zancadas.

El rostro de Jack Mersey estaba rojo de cólera. Levantó el llamador de bronce y golpeó varias veces con fuerza. Estaba tan furioso, que no pudo evitar un par de patadas a la puerta. Después, se pasó una mano por la cara, a la vez que vomitaba imprecaciones a media voz.

La puerta se abrió de pronto. Un hombre apareció en el umbral.

—Señor...

—Quiero ver a tu amo —dijo Mersey.

—Lo siento, señor —contestó el sirviente—. Mi señor está...

—¡No me importa dónde esté tu señor ni lo que pueda estar haciendo ahora! Quiero verle, ¿me has oído, negro de los demonios?

La cólera no dejaba razonar a Mersey. El sirviente no era de raza africana. Llevaba turbante, aunque vestía ropas europeas, y tenía el rostro oscuro, como muchos hindúes, ya que también él lo era. Siddham Angh, sin embargo, no se inmutó ai oír el apostrofe.

—Señor, le repito que...

No pudo continuar. El colérico visitante lo empujó con gran violencia, arrojándolo al suelo. Luego pasó por encima y se dispuso' a atravesar el amplio vestíbulo de la casa.

Entonces, un hombre se hizo visible en una puerta que daba al Vestíbulo.

—¿Qué pasa, Siddham? Ah, es usted, señor Mersey...

Angh se levantó, muy turbado.

—Dispense, señor... No pude evitarlo...

—No te preocupes. --El dueño de la casa hizo un blando ademán—. Tengo mucho trabajo, en efecto, pero creo que podré dedicar unos minutos a mi buen amigo el señor Mersey.

—¡Yo no soy su amigo, miserable estafador! —vociferó el visitante—. Antes a! contrario...

—Por favor, no es de buen tono tratar asuntos de negocios en presencia de la servidumbre —dijo el otro, sin alterarse un ápice—. Tenga la bondad de pasar, amigo mío.

Mersey vaciló un instante. El hombre que estaba frente a él era alto,

aunque sin exageraciones, pero parecía tener mayor estatura, debido a su aspecto personal. Vestía una especie de hopalanda, que le llegaba casi hasta el suelo, con mangas amplísimas y cerrada hasta el cuello, de color rojo oscuro, tanto que, a veces, casi parecía negro.
El rostro era triangular y los contornos eran acentuados por la barbita en punta que usaba. En cambio, no llevaba bigote. Los ojos eran intensamente negros, fulgurantes,
como si al otro lado de las pupilas hubiese unos diminutos hornos que nunca se extinguieran.
Sin embargo, Mersey reaccionó bien pronto y echó a andar. El dueño de la casa se apartó a un lado. Antes de cerrar, se volvió hacia el hindú.
—No te alejes, Siddham; quizá te necesite pronto.
—Sí, «sahib» —contestó Angh, a la vez que, juntando las manos, se inclinaba en una profunda reverencia.
—¿Y bien, señor Mersey? —dijo el dueño de la casa, a la vez que, con aire displicente, se disponía a verter en dos copas el contenido de un frasco de vidrio tallado—. ¿Puedo saber qué le trae por mi casa?
—Demasiado lo sabe —gritó Mersey, apuntándole con el Índice—. Fulton Ibbets, es usted un miserable estafador. Sedujo a mi secretaria y consiguió unos documentos de importancia, que representaban para mí un magnífico negocio. Todavía puedo realizarlo, si me devuelve esos papeles.
—Dice que seduje a su secretaria...
—No en el sentido que suele darse a la palabra. La enloqueció, tal vez le propinó drogas; acaso usó sus diabólicos poderes, en los que yo no creo, pero sí otras personas de mente menos fuerte... El caso es que esos documentos están ahora en su poder.
Ibbets alzó una ceja, desdeñoso y distante.
—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.
—Ella misma, ¿quién diablos iba a ser? Cuando le pregunté por esos documentos, se turbó, no supo darme una explicación coherente... Yo la estreché a preguntas y acabó confesándome la verdad... ¡Vamos, devuélvame esos papeles!
Ibbets pareció reflexionar unos momentos. Luego, de pronto, movió la cabeza afirmativamente.
—La razón está de su parte, amigo mío —admitió—. Tenga la bondad de seguirme; los guardo en un departamento reservado...
Alargó la mano izquierda, tocó en un determinado punto de la pared y toda una estantería de libros giró silenciosamente a un lado.
—Pensaba ofrecerle una copa de jerez, pero no la aceptará, seguramente —dijo, sin alterar un solo instante el tono de su voz.
—No aceptaría de usted un vaso de agua, ni aunque me estuviese muriendo de sed en pleno desierto de Sahara —barbotó Mersey.

—¡Qué melodramático es usted! —rió Ibbets—. Sígame, se lo ruego.
Ibbets penetró en el pasadizo que había quedado al descubierto. Mersey vaciló un instante, pero, al ver luz en el túnel, se decidió a caminar tras el dueño de la casa.
—Algunos dicen que es usted el demonio reencarnado —gruñó—. Yo no lo creo así, aunque, a veces, sí lo parece.
—Tal vez he hecho un pacto con Satanás, pero, naturalmente, usted no se lo cree —dijo Ibbets sin mirarle siquiera.
—El diablo sentiría miedo si tuviera que tratar con usted.
—Me concede demasiado valor, amigo mío.
—Por lo menos, en lo que a mí se refiere, ha obrado con astucia diabólica. Pero se le acabó el juego; me llevaré esos documentos y...
Mersey calló. De pronto, se había encontrado en una habitación de forma circular, de unos cuatro metros de diámetro, desprovista en absoluto de muebles. Ai fondo había una puerta de meta!, que parecía construida con chapa muy gruesa.
—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? —preguntó.
—Aquella puerta conduce a un lugar donde guardo mis posesiones más preciadas —contestó Ibbets—. Venga, por favor.
Mersey se acercó, reticente. De pronto, se sintió agarrado por el cuello de la chaqueta.
Al mismo tiempo, con la mano izquierda, Ibbets accionaba un resorte que hizo girar la puerta blindada. Mersey lanzó un grito de terror.
Una oleada de calor irresistible brotó del hueco que había al otro lado. Mersey vio atroces llamaradas, rojas y amarillas, que se retorcían como serpientes de fuego. Era como si aquella puerta diese a la chimenea de un volcán en erupción.
—Sí —dijo Ibbets—, aquí guardo mis posesiones más valiosas... ¡las almas de los condenados al fuego eterno!
Empujó con fuerza y Mersey se sintió arrojado a las llamas. Un grito horrible brotó de su garganta al sentirse envuelto en un fuego abrasador. Creyó que caía a un lago de
metal fundido, pero la enorme temperatura que reinaba en aquel lugar le hizo perder el conocimiento en pocos segundos y sus sufrimientos no se prolongaron demasiado.
Satisfecho, Ibbets cerró la puerta. Luego regresó sobre sus pasos.
Angh le aguardaba en el saloncito. Sonriendo ligeramente, Ibbets hizo que la estantería volviese a su posición normal. A continuación, tomó las dos copas, todavía intactas, y entregó una a su sirviente.
—Encárgate luego del cadáver —dijo escuetamente.
—Sí, señor —contestó Angh, impasible.
—Procura no dejar huellas.
—El señor puede estar tranquilo al respecto. Nadie sabrá lo que ha ocurrido.

Ibbets sonrió mientras se llevaba la copa a los labios.
—Asunto concluido —dijo después.
¡EXTRAÑO SUCESO!
«El cuerpo de un hombre, horriblemente quemado, fue hallado ayer en la carretera regional 384, no lejos de la localidad de Gunnislake, cuando el policía local hacía una inspección de rutina. El cadáver estaba den: tro de un coche, el cual, asombrosamente, no mostraba la menor quemadura en la tapicería ni en ninguno dé sus elementos componentes. Por la documentación del vehículo, se ha sabido que el muerto se llamaba Jack Mersey, hombre de negocios de la City y bastante próspero. Nadie se explica cómo se ha producido su muerte y el enigma resulta indescifrable por el momento. Tampoco se sospecha de ninguna persona, como posible autora de un delito criminal...»

* * *

Llegó al aeropuerto, después de los trámites de rigor, se dispuso a recoger su equipaje. Mientras esperaba a que fuese traído por la cinta transportadora, Delmont Stack paseó distraídamente la vista por el interior del edificio.
A pocos pasos de distancia vio a una mujer, joven, de majestuosa figura, muy alta, con el pelo negro peinado en dos tirantes bandas a ambos lados de la cabeza. Vestía con discreta elegancia y Stack, entendido en la materia, supo que eran ropas caras, lo mismo que el bolso y los zapatos. En torno a su cuello de cisne, llevaba una hilera de perlas. Te-nían que ser auténticas a la fuerza; una dama tan elegante no podía rebajarse de categoría usando perlas cultivadas.
Ella volvió la vista un momento y le miró con aire un tanto ausente. Los ojos, apreció Stacks, eran grandes, rasgados, de pupilas verdosas. Eran unos ojos fascinadores y completaban adecuadamente la fisonomía de la mujer, cuya edad, calculó Stack, no rebasaba aún el cuarto de siglo.
De pronto, vio venir su maleta y dejó de mirarla. Ella, por su parte, se alejó con paso mesurado. Iría a tomar algún avión para el extranjero, supuso Stack.
Momentos después, estaba en un taxi. Sentía deseos de volver a su casa, pero antes quería hablar con Lily Mersey.
Le habían proporcionado un periódico en el avión. Allí había leído la noticia relacionada con la muerte de Jack Mersey. Para él, sin embargo, era algo completamente nuevo y anonadador. Habían pasado ya varios días y la Policía no sólo no tenía la menor pista del posible asesino, sino que ni siquiera sabía qué extraño fuego era el que había causado la muerte de la víctima.
Tal vez la viuda supiera algo, se dijo, mientras encendía un cigarrillo. La muerte de Mersey iba a representarle graves problemas. Incluso


podía arruinarse.

CAPITULO II

Hubo un tiempo en que Stack bebía tos vientos por Lily Mersey. Ella, sin embargo, había preferido a Jack. Stack ya había superado aquella crisis, esforzándose, sobre todo, por no ver a la joven. En los últimos años, se habían encontrado media docena escasa de veces. Ahora hacia más de un año que no la veía y le sorprendió la transformación que había experimentado ella.

Lily rondaba tos treinta años y, casi de repente, se había echado diez kilos encima. Demasiadas opulencias, pensó Stack. A pesar de que resultaba todavía muy atractiva. Pero ahora la miraba solamente con el afecto que podía sentir hacia la viuda de su socio y amigo.

—No lo sé —dijo Lily, pasados los primeros momentos—. No se sabe aún qué le ocurrió. Para mí fue algo horrible; tuve que identificar aquel cuerpo tan espantosamente quemado...

—¿Hay seguridad de que fuese Jack? —preguntó él.

—Sin duda alguna. El dentista conservaba radiografías y moldes de su último trabajo. Ya sabes que hace años se fracturó la pierna izquierda, justo bajo la rodilla. También se compararon las radiografías tomadas entonces, con las actuales hechas al cadáver.

—Bien, pero, si no me equivoco, Jack apareció muerto a gran distancia de Londres. ¿Qué hacía tan lejos, Lily?

—Estaba horriblemente disgustado. No me contó demasiado, pero si sé que le traicionó su secretaria. Esa mujer entregó unos papeles muy importantes, los documentos Gunnison...

—¡Oh, no! —se sobresaltó Stack—, ¿Has dicho los documentos Gunnison?

—Repito lo que me dijo el pobre Jack. ¿Eran tan importantes, Delmont?

Stack maldijo entre dientes.

—Cien mil libras —contestó significaticamente.

—Dios mío, nunca pensé que pudiera tratarse de una suma tan elevada.

—Y eso no es todo. La empresa puede irse al diablo, si la cosa no se arregla... pero a ti eso no debe preocuparte. Tu situación económica quedará bien resuelta, te lo aseguro. Ahora, dime todo lo que sepas sobre esa secretaria.

—Bien, una o dos veces la vi por casa, cuando vino a traer o llevar papeles del despacho. Es joven, bastante guapa, no se propasó en ningún momento, siempre muy discreta... Jack decía que era una mujer muy eficiente. Poco podía suponer él que un día le iba a traicionar miserablemente.

—He estado demasiado tiempo en el extranjero —se quejó Jack—, Yo conocía a la anterior secretaria, Millie Pawnton, pero era una mujer madura, un tanto avinagrada... Se marchó, porque tenía que cuidar a una tía anciana, bastante rica, y esperaba heredarla. De otro modo, Jack no habría contratado a una nueva secretaria.
—¿Puedes decirme su nombre, Lily?
—Claro. Se llama Carol Varna. Por ahí, en la agenda, tengo su dirección...
—Te agradeceré me des sus señas. Ha sido un viaje muy largo y muy cansado, pero te aseguro que iré a visitarla mañana sin falta.
Si Mersey había muerto asesinado, el esclarecimiento del crimen era cosa de la Policía. Respecto a los documentos sustraídos, nadie mejor que él para averiguar dónde estaban e intentar recobrarlos. Todavía, se dijo esperanzado, podía salvarse el asunto Gunnison.

* * *

La puerta se abrió y la joven que había al otro lado miró inquisitivamente al hombre que tenía frente a sí.
—¿Qué desea? —preguntó.
—¿Carol Varna? —dijo Stack.
—Sí, yo soy.
—Mi nombre es Delmont Stack. Soy... era socio del difunto señor Mersey. Usted era su secretaria.
Carol asintió. Lily la había descrito bien: joven, bonita, pero más bien del montón. No parecía, sin embargo, tan despejada e inteligente como había dicho Mersey a su esposa.
—En efecto —contestó ella—. He oído mucho su nombre, señor Stack, aunque no había tenido el gusto de conocerle personalmente hasta ahora. ¿Quiere pasar? ¿Me aceptará una taza de té?
«Increíble. Vaya manera de fingir; nunca había visto frescura semejante», pensó Stack.
El apartamento de Carol era modesto, pero limpio. Ella, una vez el visitante en el interior, se volvió, como esperando su aceptación del té ofrecido.
—Gracias —dijo Stack—, pero no me apetece ahora.
—Bien, en tal caso, siéntese...
—Estoy mejor en pie. Además, quiero ir pronto al asunto que me ha traído aquí. ¿A quién entregó usted los documentos Gunnison?
Carol se pasó una mano por la frente. Vaciló un poco y tuvo que apoyarse con una mano en la consola inmediata.
—No lo sé —contestó con voz átona.
Stack procuró dominar su irritación.
—Señorita Varna, no he venido aquí a escuchar tonterías. Me imagino que alguien le pagó muy bien por su traición, pero eso ahora no me

importa en absoluto. Quiero que me diga quién tiene los documentos, eso es todo.
—Repito que no lo sé... El señor Mersey también me lo preguntó, pero le di la misma respuesta...
Atónito, Stack se dio cuenta del tono plañidero de la joven. Parecía muy asustada. ¿De qué o de quién?
—Pero, ¿es posible que no recuerde usted a la persona que se llevó esos documentos?
—No, no recuerdo nada... Ni siquiera sabía que los había entregado, hasta que me lo dijo el señor Mersey...
«O está loca o amnésica... o es una magnífica actriz», pensó Stack.
—¿Se encuentra bien? —preguntó, deponiendo un tanto su actitud iracunda.
—Sí... Es un leve mareo... No sé qué me sucede estos días... Tendrá que dispensarme, señor Stack. Deseo estar sola...
El joven apretó los labios.
—Voy a decirle una cosa, señorita Varna. Vendré mañana, a esta misma hora y quiero que, para entonces, haya recordado el nombre de la persona que posee actualmente esos documentos. ¿Me ha entendido bien?
Carol asintió sin pronunciar una palabra, Stack se dio cuenta de que no había una sola gota de sangre en su rostro. Aquella cara tenía la blancura del papel, pensó.
—Adiós, señorita —dijo, decepcionado.
No quería forzarla demasiado. Podía reaccionar lanzando gritos de socorro y entonces se vería en un grave aprieto. Era mejor dejar que reflexionase durante veinticuatro horas.
Pero, mientras tanto, conocía a un detective privado, al cual le encomendaría averiguase cuantos antecedentes pudiera de Carol Varna.
Abandonó la casa, bajó por las escaleras y salió a la calle. De repente, se quedó inmóvil.
En el borde de la acera, a unos cuatro o cinco pasos de distancia, se hallaba la hermosa joven a quien había visto la víspera en el aeropuerto.
Ella vestía ahora de muy diferente manera y, además, llevaba el pelo suelto libremente sobre la espalda. Un pullover blanco de cuello cerrado ceñía su seno de diosa, y el chaleco y los pantalones eran de color azul oscuro. No los necesitaba, dada su estatura, pero advirtió que era aficionada a usar zapatos de tacón alto.
La joven miraba hacia ¡o alto del edificio. De pronto le vio e hizo un leve gesto de sorpresa. Stack se sintió a punto de dirigirle la palabra, pero se contuvo, pensaba en que no le gustaría ser rechazado. Sin pronunciar una palabra, giró hacia su derecha y se encaminó en busca

del automóvil que había dejado a poca distancia.
Cuando entraba en el coche, volvió la cabeza La joven había desaparecido. ¿Estaba en el interior de la casa?

* * *

—Te voy a dar una sorpresa —dijo Algy Mitchell al día siguiente.
Mitchell era el detective que había contratado inmediatamente después de haber estado con Carol Varna.
—No me digas que ya conoces su vida y milagros —exclamó Stack, todavía en la cama y ara un cigarrillo en los labios.
—Toda su vida, no, pero algún milagro, sí. Claro es que algunos me llamarían irreverente; lo que hizo antes de convertirse en la secretaria de Mersey no es precisamente un milagro.
—Algy —se impacientó el joven—, ¿quieres ser más claro?
—Está bien. Agárrate, Delmont. 'Carol Varna estuvo trabajando, hasta hace seis meses, en el Green Palace.
—¿Un local nocturno?
Mitchell soltó una atronadora carcajada, que le llegó a Stack a través del hilo telefónico.
—¡Qué ingenuo eres! —exclamó el detective—, Pero, ¿es posible que no hayas oído hablar del Green Palace?
—Pues, no, sinceramente, no lo he oído en mi vida ni me imagino qué pueda ser. ¿Algún centro de deportes?
—Hombre, si se mira bien, a veces, la gente se mueve… Es uno de los más acreditados prostíbulos de la capital, muchacho.
Stack se sentó de golpe en la cama.
—Algy, bromeas.
—Que se muera tu bisabuelo si miento —rió el detective—. Es un loca! muy discreto. Y caro, como puedes imaginarte. Pero es absolutamente seguro que ella fue una de las yeguas de aquella cuadra
—No me lo puedo creer…
—Envié a uno de mis ayudantes a vigilar la casa, mientras yo investigaba por otro lado. Carol salió por la tarde a hacer algunas compras. Resulta que mi ayudante, hace medio año, ganó cien libras en una carrera de caballos y decidió darse el gusto de pasar un buen rato en el Green Palace. Y, ¿quién supones tú que le ayudó a pasar el buen rato?
—Carol Varna —dijo Stack.
—Exactamente. Oye, si tanto te interesa, ¿por qué no hablas con Dora Carpatti?
—¿Quién es esa mujer?
—No sé si será la dueña, pero funciona como tal en el negocio. Es posible que no consigas nada… pero, por intentarlo, nada se pierde.
-—¿Y tú, por qué no lo haces?

—Te seré sincero. Si voy allí, quizá no consiga nada, pero, en cambio, puede que tenga que gastarme cien libras. Y, la verdad, gastarme una suma semejante para no decirte luego nada... Al menos, si te las gastas tú, conseguirás algo de diversión.
Stack se echó a reír.
—Iré, pero más tarde, cuando haya hablado con Carol. Le di veinticuatro horas para que reflexionase. Es increíble, dijo que no sabía nada...
—No te fíes de las mosquitas muertas. Son las peores de todas —dijo Mitchell maliciosamente—. ¿Quieres anotar la dirección del Green Palace?
Stack escribió unas cuantas palabras en un trozo de papel. Luego hizo un comentario:
—El nombre parece un poco raro, ¿verdad?
—¿Raro? —Micke Mitchell volvió a reír—. Si tenemos en cuenta que *green* es verde... Palacio Verde no se refiere precisamente a un lugar donde se venden hortalizas...
Stack sonrió y colgó el teléfono. Luego encendió un segundo cigarrillo, pero no lo consumió, porque saltó de la cama y se encaminó al cuarto de baño.
Había dormido demasiado y ya era hora de visitar nuevamente a la infiel secretaria.

* * *

Detuvo el coche, abrió la portezuela y saltó a la acera. De pronto, cuando ya cruzaba la acera, vio por tercera vez a la joven morena del aeropuerto.
Ella le vio también y se detuvo un momento, indecisa. Stack decidió entablar contacto
con la joven, arriesgando la posible respuesta negativa.
—Señorita...
—¿Sí? —dijo ella.
—Perdone mi indiscreción, pero la vi hace dos días en el aeropuerto. Ayer también estaba aquí, en este mismo lugar.
—Es cierto.
—¿Puedo preguntarle si su presencia aquí tiene alguna relación con Carol Varna?
La joven asintió.
—Permítame que me presente: Delmont Stack —añadió él.
—Ruth Cobb.
Stack se dio cuenta de que ella no había añadido nada a su nombre y que permanecía inmóvil en la acera. Parecía como si no le gustase mucho la coincidencia, aunque actuase con la suficiente cortesía para no mostrarlo externamente.

—Verá, señorita —continuó—. Ayer me entrevisté con Carol Varna, para determinado asunto, y sólo recibí negativas. Por tanto, le prometí volver pasadas veinticuatro horas. Sospecho que usted quiere verla también, pero me disgustaría ser un estorbo. ¿Le parecería que la visitásemos sucesivamente? A condición, si es necesario, de que el primero que hable con ella no mencione al siguiente visitante.
—¿Y quién va a ser el primero? —preguntó Ruth.
—Ignoro sus motivos, señora...
—Señorita, lo dije antes —corrigió la joven.
—Muy bien, disculpe. Repito que desconozco las causas que la impulsan a visitar a Carol Varna. En cuanto a mí, le diré que fue la secretaria de mi socio, que le traicionó, llevándose unos documentos de vital importancia y que deseo recobrarlos. De no ser así, podría verme en la ruina.
—Le creo, señor Stack, aunque, por ahora, deberá permitirme que calle los motivos de mi visita a Carol.
—No le he pedido explicaciones, señorita Cobb. Pero en este caso, y aunque me tome por descortés, no puedo ser galante y dejarle el paso en primer lugar.
—He llegado antes que usted...
—Perdón, llegamos al mismo tiempo.
Los labios de la joven se contrajeron.
—Me gustaría hablar a solas con Carol —manifestó.
Stack suspiró.
—Estamos en un punto muerto —dijo—. Bien, pero para estos casos, existe una solución. Sobre todo, ahora que se habla tanto de la igualdad de derechos para ambos sexos.
Metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda, que lanzó al aire de inmediato. Pero la volvió a recoger.
—No la he dejado pedir —sonrió—. Al menos, en esto, sí puedo permitirle el primer lugar.
—Cara —aceptó Ruth.
La moneda volvió a voltear. Stack intentó recogerla, pero falló y el disco metálico cayó a! suelo, rebotó y empezó a rodar hacia el borde de la acera. Pero, de pronto, se introdujo
en una grieta apenas visible y, tras detenerse, se quedó vertical.
—¡Cielos, si no lo hubiese visto...! —exclamó él, pasmado.
De pronto, Ruth se echó a reír y su rostro pareció sufrir una transformación total. Stack se quedó arrobado mirándola.
—La suerte está en contra y a favor de los dos, señor Stack —dijo—. Subiremos juntos, si le parece.
—No hay objeción —accedió el joven.
—Lo que tengo que preguntarle yo es muy sencillo —de claró Ruth cuando ya franqueaba el umbral de la casa—. Sólo quiero saber el

paradero de determinada persona.
Stack meneó la cabeza.
—Esa chica parece especialista en desapariciones: personas, documentos...
Y se preguntó si Carol Varna tenía algo que ver con el misterioso asesinato de su socio.

CAPITULO III

Carol abrió la puerta y vio a sus visitantes, pero no expresó la menor emoción.
—Pasen —dijo—. Usted, señor Stack, no me dijo ayer que vendría acompañado.
Stack captó en el acto la nota de protesta que había en aquellas palabras.
—No se lo dije, porque lo ignoraba —se defendió—. Ella, es la señorita Ruth Cobb y también está interesada en hacerle algunas preguntas. Respecto a mí, ya conoce mis deseos.
Los ojos de Carol se volvieron hacia Ruth. Stack apreció en la primera unas pupilas mortecinas, sin apenas brillo, y una rara atonía en todas sus reacciones psicosomáticas. «¿Estará drogada?», se preguntó.
—Quiero saber dónde está Phoenix de Gold —dijo Ruth secamente.
Stack parpadeó. Jamás había oído un nombre tan raro. Más parecía un seudónimo que un nombre auténtico, se dijo.
—No conozco a ese hombre —respondió Carol.
—Si se trata de dinero... —Ruth abrió su bolso y sacó, un pequeño fajo de billetes—. ¿Cuánto vale su información, señorita Varna?
—Nada. No sé quién es ese sujeto —contestó la otra joven.
Stack frunció el ceño. Había algo muy extraño en la actitud de Carol. Ella vestía un sencillo traje de color casi grisáceo, de manga larga. Súbitamente, se arrojó sobre Carol y, sujetándola con una mano, rasgó la manga izquierda y dejó el brazo al descubierto.
—¡Señor Stack! —se asombró Ruth.
—¡Suélteme, suélteme! —gritó Carol—. ¿Qué se ha creído...? ¿Es que piensa que puede abusar de mi...?
Stack la soltó y dio un paso hacia atrás.
—No se droga —dijo—. Por lo menos, no emplea jeringuilla de inyecciones.
Ruth contuvo el aliento.
—¿Sospecha usted...?
—Esa mujer que tiene ahí delante sustrajo unos documentos de la oficina de mi socio. Ayer dijo que no sabía nada de esos documentos. O miente o está amnésica...
—Ignoro todo lo relativo a esos papeles —protestó Carol.
—¡Miente! —gritó Stack, que ya empezaba a impacientarse—. Usted se empleó en el despacho de mi socio, con el deliberado propósito de conocer sus secretos y venderlos luego al mejor postor. —Se volvió hacia Ruth—. ¿Ha oído hablar alguna vez del espionaje industrial? ¿Sí? En tal caso, aquí tiene un hermoso ejemplar de esa clase de

espías, aun-que en el presente asunto se trate de negocios y no de instrumentos o máquinas. Pero el resultado es el mismo y esos documentos que ella se llevó, pueden costamos cien mil libras.
—Una bonita suma —calificó Ruth—. Pero me parece que usted está equivocado en un punto, señor Stack.
El joven se volvió.
—Dígame, señorita Cobb.
—Carol no está drogada, aunque lo parece. —Ruth adelantó el torso, a la vez que
enseñaba de nuevo el fajo de billetes—. Venga conmigo, muchacha —dijo persuasivamente—. Le daré una buena recompensa y todos los gastos correrán por mi cuenta. Pero tiene que salir de ese estado en que se encuentra actualmente. Usted no puede continuar con la mente en semejantes condiciones; puede acabar destruida sí-quicamente. Yo la llevaré a un excelente psiquíatra, especialista en hipnotismo, que la liberará de los lazos a que está sujeta en estos momentos. ¿Acepta?
Stack contuvo el aliento. Ahora lo comprendía todo.
Sí, la expresión de Carol no se debía a las drogas, como había supuesto» en un principio, sino al influjo de una mente enormemente más poderosa que la suya y a la cual estaba sujeta por unos lazos invisibles, que sólo un experto en la materia podría cortar.
—¡Vamos, Carol, decídase! —la apremió Ruth—. Cuando haya salido de su estado, yo le pagaré lo mismo que le pagó alguien. Y no le exigiré que me obedezca ciegamente. Pero quiero encontrar a Phoenix de Gold.
Los labios de Carol empezaron a temblar.
—Sí... iré con usted... Ahora... no sé dónde está de Gold... Hay una niebla que... que me lo impide ver...
Ruth se volvió hacia el joven.
—Hipnotizada —dijo escuetamente.
—Ya no hay duda —convino él—. Vamos, Carol... Haga caso a la señorita Cobb... Ahora ya sabemos que no ha actuado voluntariamente, por tanto, no es responsable de sus acciones. Pero tiene que cooperar para reparar el mal que hemos sufrido por su causa. Aunque, desde luego, no la culpamos de lo sucedido. ¿No es así, señorita Cobb?
—En efecto —admitió Ruth.
Los ojos de Carol expresaban un terror infinito.
—Iré... —De súbito lanzó un chillido agudísimo—. No, no puedo...! Me ahogo... Hace demasiado calor...
Retrocedió, poniéndose las manos ante los ojos, como si quisiera evitar una horrible visión.
—Esas llamas... Me voy a abrasar... ¡Socorro, me quemo!
¡Estoy ardiendo! No puedo aguantarlo más..., me quemo, me quemo...

Stack y la joven se sentían desconcertados. Carol se retorcía como una posesa, como si realmente estuviese rodeada por el fuego. Súbitamente, empezó a arrancarse las ropas a puñados.
—¡Traiga agua! —gritó Ruth—. Quizá la frescura del líquido la ayuda a superar este momento. Está bajo hipnosis persistente…
Stack no conocía el apartamento y tardó algo en encontrar la cocina. Llenó una jarra, mientras oía los desgarradores gritos de Carol, y luego volvió a la carrera.
Entonces se encontró con un espectáculo indescriptible.
Ruth estaba en un rincón, con vivas muestras de terror. Carol yacía en el suelo, casi completamente desnuda… ¡Y su piel ennegrecía, como si realmente estuviese sometida a la acción de un fuego abrasador!
La desgraciada joven se retorcía cada vez más débilmente. Ya no gritaba.
De pronto, el cabello de Carol ardió con una viva llamarada. Stack reaccionó y arrojó el agua sobre la cabeza de aquella desdichada.
Los espasmos de Carol cesaron. Había un horrible hedor en la estancia. Stack supo que Carol, cualquiera que fuese su secreto, se lo había llevado consigo a la tumba.
Al cabo de unos momentos, se sustrajo a la morbosa fascinación que le causaba aquel cadáver ennegrecido y fijó la vista en Ruth.
—Tenemos que avisar a la Policía —dijo.
Bruscamente, Ruth dio media vuelta, abrió la puerta y echó a correr. Stack alargó una mano, pero se dio cuenta muy pronto de que no conseguiría alcanzarla.
—En menudo lío me he metido —masculló el joven, al quedarse a solas con aquel cuerpo completamente negro.
Lentamente, se acercó al teléfono, lo levantó y marcó el conocido número de Scotland Yard.

* * *

El Green Palace no tenía externamente nada que lo diferenciase demasiado de los edificios del contorno. Además, ni siquiera tenía aquel nombre en la placa dorada que había a la entrada.
El rótulo de la placa era mucho más honesto: *«GIMMASTIC CLUB FOR MEN & WOMEN»*. «Club de Gimnasia para Hombres y Mujeres», leyó Stack sarcásticamente.
Tocó el timbre de la entrada. A los pocos segundos, abrió una camarera, pulcramente uniformada. Era muy bonita y el vestido negro se amoldaba ceñidamente a su escultural anatomía.
—¿Señor? —dijo sonriendo, a la vez que hacía una ligera genuflexión.
Deseo practicar la gimnasia. ¿Puedo inscribirme en el «club»?
—Por supuesto, señor. Tenga la bondad de seguirme…
El vestíbulo era pequeño, pero elegante. Había numerosas fotografías

en las paredes. Todas ellas representaban a hermosas muchachas, ataviadas con uniformes de gimnasia, muy escasos de tela. Stack sonrió al comprender el objeto de la exhibición fotográfica. Así, el «cliente», si no conocía a la dama deseada, podía elegir.
La doncella llegó ante una puerta y tocó con los nudillos.
—Señora, un caballero desea inscribirse en el «club» —dijo.
—Está bien, Vivy, hazle pasar.
La camarera abrió y se echó a un lado. Cuando Stack pasaba junto a ella, le guiñó un ojo.
El joven ocultó una sonrisa. «Aquí lo son hasta las criadas», pensó.
Cruzó el umbral y entró en un despacho exquisitamente amueblado, en un estilo clásico, pero no recargado. Al otro lado de una mesa Luis xv, había una hermosa mujer.
Stack contuvo un gesto de sorpresa. Sabiendo lo que era el lugar en que se hallaba, había esperado ver a una dama gruesa, con doble papada, pecho mantecoso y caderas de yegua normanda. Ciertamente, la mujer que tenía frente a sí no una jovencita, rondaba ya los cuarenta años, pero superaba en atractivos a muchas que tenían la mitad de su edad.
—Soy Dora Carpatti —se presentó ella—. Pero puede llamarme Dora, señor…
—Stack, Delmont Stack. Dora, me han hablado mucho de este «club». Deseo
inscribirme como socio
—Muy bien, no hay inconveniente… La inscripción son cincuenta libras. Luego, los precios de cada sesión de entrenamiento son variables. Depende, en todo caso, del… deporte que prefiera practicar el socio y de su entrenadora, naturalmente.
Stack contuvo una sonrisa. Los eufemismos que empleaba Dora eran fáciles de comprender.
Ella añadió:
—Debo hacerle una advertencia, señor Stack…
—Delmont, por favor —sonrió él.
—Muy bien, Delmont. Quiero que sepa que los deportes violentos están aquí proscritos. Nada de ejercicios que puedan dejar señales corporales ni causar daños físicos, tanto a la entrenadora como al alumno. ¿Lo ha entendido bien?
—Perfectamente, Dora. «Nada de sadismos», pensó Stack.
—Pero si el socio desea más de una entrenadora, puede obtenerlo, naturalmente, abonando las tarifas adecuadas. ¿Le convienen nuestros reglamentos?
—Por completo —respondió él.
—No admitimos cheques, aunque sí tarjetas de crédito. En tal caso, el socio tiene que firmar la nota de ¡os servicios que se le han prestado.

«Te calé, guapa. Si alguno paga con una tarjeta de crédito sin fondos, esa firma le convenderá muy pronto de saldar la deuda», se dijo Stack.
—Pagaré en contante —anunció, a la vez que sacaba unos cuantos billetes.
—Perfectamente. —Dora extrajo una tarjeta verde de uno de los cajones de la mesa y se la entregó al joven—. Tiene usted el número 4.201-E —añadió—. No empleamos nombres —sonrió.
—Gracias.
Dora guardó los cinco billetes de diez libras. Luego cogió un gran libro que tenía a su derecha.
—Y ahora, dígame qué entrenadora prefiere. Ella, después, me dirá los deportes que han practicado juntos y recibirá el importe de sus servicios, de acuerdo con los ejercicios realizados, y el tiempo empleado.
—Deje ese libro —pidió Stack— Deseo que sea usted mi entrenadora.
La mujer casi saltó de su asiento.
—No tengo por costumbre...
—Alguna vez debe hacer una excepción —sonrió Stack.
Sobrevino un momento de silencio Dora, con los ojos entornados, estudiaba ai hombre que tenia frente a sí. Vio a un joven de menos de treinta años, alto, fornido, de ojos azules y piel tostada, seguramente por una vida sana y al aire libre y, aunque bastante feo de cara, enormemente atractivo. Al fin, sonrió y se puso en pie, alisándose con las manos la tela de su vestido, a la altura de las caderas.
—Muy bien —aceptó finalmente—. Seré tu entrenadora. Pero te advierto que mi tarifa es doble...
—No importa el dinero. Quiero practicar deporte contigo.
Dora volvió a sonreír y se inclinó sobre un interfono.
—Vivy, llama a la señorita Esmeralda y dile que se encargue de la recepción. Voy a estar
ocupada durante un rato.
—Sí, señora —contestó la camarera.
A continuación, Dora dio media vuelta y se encaminó a la pared del fondo, de gruesos paneles de madera oscura. Presionó un resorte y una puerta invisible giró silenciosamente sobre unos goznes bien aceitados.
Al otro lado había un gran dormitorio, con un lecho de vastas dimensiones. La iluminación era muy suave, casi penumbrosa, y de un delicado tono verdoso. Dora cruzó el umbral y tendió una mano hacia el joven.
—Ven —dijo, con cautivadora sonrisa.

CAPITULO IV

—Hacía mucho tiempo que nadie me pedía... que hiciese ejercicios gimnásticos —dijo Dora pasado un buen rato.

Encendió dos cigarrillos y pasó uno a su «alumno».

—Los hombres no tienen ojos más que para las jovencitas —contestó él—. Perdona, no es ninguna alusión, pero una mujer de treinta años también tiene sus atractivos. Y no di-gamos experiencia...

Dora lanzó una suave risita

—No trates de halagarme. Ya tengo treinta y seis.

«Y cuatro más», pensó Stack. Pero Dora sabía cuidar bien su cuerpo y todavía parecía el de una adolescente.

—Nunca lo hubiese creído —dijo, fingiendo asombro.

—Pues ya ves... Delmont, dime una cosa. Tú has venido aquí por primera vez. Alguien te mencionó el «club».

—Sí. Un buen amigo. Era novio de una muchacha llamada Carol Varna.

Dora se sentó de golpe en el lecho.

—¿Has dicho...?

—Lo has oído muy bien.

—Pobre muchacha... Murió ayer... Nadie sabe a ciencia cierta qué le sucedió...

—Era entrenadora de tu «club», ¿verdad?

Dora asintió.

—Lo dejó hace cosa de seis meses. Dijo que había encontrado un trabajo mejor.

—¿De veras?

—Creo que sí, aunque yo no hubiera aceptado ese trabajo por todo el oro del mundo.

—¿Era muy arriesgado?

Ella exhaló una nueva bocanada de humo.

—No, en realidad, no lo era, si se piensa un poco. Se marchó para trabajar de *partenaire* con un artista. Hipnotizador, para más señas.

—Oh... —Ruth había tenido razón, se dijo Stack.

—Era un hombre extraño —continuó Dora, todavía sentada, pero apoyada en una mano—. Estuvo aquí unas cuantas veces. Era amable, simpático, galante... y nada tacaño, según me dijeron luego las entrenadoras que le atendieron en cada ocasión. Carol fue la última.

—¿Y bien?

—Fue entonces cuando debió convencerla para que trabajase con él, porque Carol se despidió un par de días más tarde. Desde luego, era un artista en su especialidad.

—¿Cómo lo sabes?
—Fui una noche a su espectáculo. Casi me dio miedo. Adivinó cosas de algunos espectadores y sé positivamente que no se trataba de trucos, es decir, no se había puesto previa mente de acuerdo con unos cuantos tipos pagados para desempeñar la comedia. A una conocida mía le predijo un gravísimo accidente de su esposo. Dos semanas más tarde, ese hombre murió atropellado por un autobús del servicio público.
—¡Caramba, era un mago de veras!
—Y, además, hipnotizaba con toda facilidad. —Dora se estremeció—. A veces me he preguntado si ese hombre tiene poderes diabólicos… No parece humano… Es… como si el diablo se hubiese convertido en una persona de carne y hueso.
—Dora estamos en el siglo xx. Ya no ocurren cosas fantásticas…
—Te digo que es verdad. Mira, he hablado con las chicas que le atendieron. Todas saben que estuvieron con él. Pero ninguna recuerda lo que hicieron. Y, créeme, con alguna se pasó varias horas seguidas. ¿Tú crees que es imposible olvidar lo que se ha hecho con un hombre, durante toda una tarde o una noche, por ejemplo?
—Tal vez el hipnotismo… —apuntó él.
—No te quepa la menor duda. Ese hombre tiene una mente excepcional. Francamente, me alegro de que no haya vuelto más por esta casa. Dejaba mucho dinero… pero pagaría para que no volviese por aquí.
—¿Le temes?
-Me siento mucho más tranquila sin verle —contestó Dora.
—Debe de ser un hombre excepcional. Y, ¿cómo has dicho que se llama?
—No te lo he dicho, pero lo vas a saber. Se llama Magnus Magnussem.
Stack ocultó la decepción que sentía. Prudente, omitió pronunciar el nombre de Phoenix de Gold. Por el momento, no convenía descubrir sus intenciones.
Dora le miró con curiosidad.
—¿Qué te hace sentir tanto interés por Carol?
—Fue la secretaria de mi socio, Jack Mersey. Le traicionó y robó unos documentos de gran importancia. Mersey murió luego asesinado.
—Pero yo creía…
—Si trabajó con Magnussem, fue durante muy poco tiempo. Seguramente, no estuvo con él ni dos semanas.
—Perdí todo rastro de Carol después de su marcha —confesó Dora.
—Bueno, no te preocupes. Ya me has dicho bastante, encanto.
Stack se levantó. Fue a su chaqueta y escribió algo en una agenda. Dora, por su parte, se acercó a una consola y empezó a manejar una calculadora de bolsillo.

—Es extraño —dijo de pronto.
—¿Qué pasa? —preguntó él.
—Estaba haciendo cálculos sobre lo que te iba a costar mi entrenamiento. La calculadora señala cero como resultado de las operaciones matemáticas.
—¿No estará averiada?
Dora sonrió maliciosamente.
—Es casi inteligente. Marca cero porque sabe que he estado con un hombre que ha sabido dejarme satisfecha —contestó.
—Te equivocas —dijo él—. Todavía no sabes qué es quedarse satisfecha.
Empujó suavemente a Dora y la hizo tenderse de nuevo en la cama.
—Muy pronto lo sabrás —aseguró ardientemente.
Más tarde, ella dijo:
—Ahora comprendo lo que siente un caballo, cuando su jinete lo hace galopar hasta reventarlo.
Stack se echó a reír.
—Gracias por la comparación —dijo.
Y empezó a vestirse.
—¿Sabes dónde actuaba Magnussem? —preguntó.
—Era un pequeño teatro, situado en Chelsea, en la calle Elystan, el Small Circle. No sé más, porque yo le vi en el All Theather, y él y Carol actuaron en el primero cuando ella se marchó del «club».
—Gracias. Iré al Small Circle.
De pronto, Stack paseó la mirada a su alrededor.
—No tengas miedo —dijo ella, adivinando sus pensamientos—. No hay cámaras ocultas, ni aquí ni en ninguna parte. Acabaría por saberse y perdería la clientela. Lo único que hago es obtener recibos firmados, cuando el cliente paga con tarjeta de crédito.
—¿Y si no tiene fondos?
—Se le advierte discretamente que abone la deuda. Acaban pagando; no les conviene estar a mal con su Banco. Stack se inclinó y besó a Dora en una mejilla.
—Nunca lo había pasado tan bien con el deporte —se despidió.
Vivy le acompañó hasta la puerta.
—Espero volver a ver pronto al señor -—dijo—. Puedo asegurarle que no quedaría descontento de mis ejercicios gimnásticos.
—Tal vez vuelva pronto —se despidió él.

* * *

Tomó un largo baño y mientras se relajaba entre la espuma, bebió una ración de whisky y fumó un cigarro largo y delgado. Luego se vistió con una bata corta y se dispuso a prepararse una cena ligera.
El teléfono sonó inesperadamente. Stack dejó los cacharros de cocina a

un lado y se acercó al aparato.
—Stack —dijo.
—Soy Ruth Cobb —sonó una voz femenina al otro lado del hilo.
El joven respingó.
—La desertora —exclamó.
—Tiene que disculparme, señor Stack. Me sentía aterrorizada...
—Lo comprendo, pero, ¡vaya papelito que me dejó para desempeñarlo ante la policía!
—¿Le molestaron mucho?
—Para ellos, lo justo.
—No sabe cuánto lo siento... Créame, fue un gesto instintivo. No pude evitarlo; me sentía llena de pánico... Aquella pobre chica, quemada sin fuego...
—El pelo ardió —recordó él.
—Sí, pero fue lo único que se quemó de su cuerpo. Y, sin embargo, estaba completamente negra, como si hubiese sido sometida a la acción de las llamas de una hoguera.
—Es algo inexplicable, en efecto. Sé que los forenses investigan un caso tan extraño,
pero es lo único que puedo decirle por el momento.
—Comprendo. Señor Stack, le he llamado para disculparme por mi actitud. No lo hice por evitar enfrentarme a los policías. Insisto en que me asusté...
—Será mejor que lo olvide, señorita Cobb. Ya no merece la pena darle importancia. La muerte de Carol sí la tiene, claro está.
—Desde luego. Señor Stack, me gustaría hablar con usted.
Las cejas del joven se levantaron.
—¿Ahora?
—Si pudiera ser...
—Señorita Cobb, me siento muy fatigado. Hoy he trabajado bastante. Acabo de darme un baño y estoy preparándome un poco de cena. Me acostaré y leeré un rato. ¿Por qué no nos reunimos mañana para almorzar?
—Está bien —se resignó ella—, Pero venga a mi casa, por favor.
—Ah, tiene residencia propia...
—¿Por qué no había de tenerla? —se extrañó Ruth.
—Bueno... la vi en el aeropuerto y pensé que era una viajera que llegaba a Londres... Supuse que se alojaría en algún hotel...
—Por extraño que le parezca, vivo en Londres, señor Stack.
—Perfectamente. Déme sus señas y mañana estaré en su casa, a la hora que me indique.
—Muy bien, muchas gracias. Anote, por favor... Maida Vale, Ashworth Road, doscientos uno. A las doce y media.
—Perfectamente. Supongo que querrá hablarme de Carol y de Phoenix

de Gold.
—En efecto.
—También yo tengo algo que decirle sobre esa desdichada mujer. Buenas noches, señorita Cobb.
—Buenas noches, señor Stack.
El teléfono volvió a la horquilla. Stack se quedó pensativo unos instantes. Luego, de pronto, fue a la nevera y sacó un par de huevos. Tenía apetito y necesitaba llenar el estómago.

* * *

Alrededor de las doce, cuando se disponía a salir, sonó el teléfono.
—Stack —dijo.
Una voz femenina sonó ansiosamente en los oídos del joven.
—Señor Stack, necesito hablar con usted.
El joven reconoció inmediatamente a la mujer que le llamaba.
—¡Vivy!
—Sí, la misma. ¿Puedo ir a verle?
—Supongo que ha encontrado mi domicilio en la guía de teléfonos.
—En efecto. Es muy urgente...
—Vivy, lo siento, pero ahora me es absolutamente imposible. Tengo concertada una cita desde ayer y no puedo posponerla ni dejar de acudir a ella por ningún concepto. Dígame
de qué se trata, por favor.
—Imposible. Tengo que hablarle en persona —contestó la «camarera».
—En tal caso, deberá ser más tarde. Repito que lo lamento...
—¿No podrá encontrarse conmigo a las tres? Estaré en el Palé Face Café, en una de las mesas del rincón de la derecha, según se entra.
—Procuraré acudir, Vivy.
—Venga, se lo ruego. Es muy importante.
—De acuerdo, pero, si me retraso, espéreme. En todo caso, 1a llamaría, si viese que mi llegada iba a retrasarse demasiado.
—De acuerdo. Mil gracias, señor Stack.
—De nada, Vivy.
Stack salió de su casa, profundamente preocupado por la llamada de Vivy. Por un momento, se sintió tentado a ir a buscarla, pero era hombre al que no le gustaba incumplir sus promesas.
Almorzaría con Ruth y luego se entrevistaría con Vivy.

CAPITULO V

La doncella, esta vez, era auténtica y actuaba con notoria eficiencia. Sirvió el café y los licores en un saloncito íntimo, tras el almuerzo, y se retiró, dejando a solas a la anfitriona y al invitado.
Ruth vestía un sencillo traje oscuro, sin apenas adornos, y llevaba puesto un collar de perlas que él había visto ya en una ocasión. Aparte de una valiosa sortija y un sencillo reloj de pulsera, no llevaba más joyas.
Pero el vestido era de una firma cara y los zapatos mostraban también la elegancia de la joven. La casa, apreció Stack, pertenecía a una mujer con mucho dinero.
Durante el almuerzo, no habían comentado en absoluto el tema que les era común. Ruth empezó a hablar, después de servir a su invitado.
—Me he repuesto ya, pero aún cierro los ojos y creo ver a aquella pobre muchacha...
—Trate de olvidarlo. Fue algo horrible, desde luego. Sin embargo, no se puede permanecer siempre con tan macabros pensamientos en permanente actividad en el cerebro. Dígame ahora, ¿cuál es su problema?
—Mi hermana Daisy. Y Phoenix de Gold, claro.
—¿Qué le pasa a su hermana?
—Nada ya. Murió el año pasado.
—Oh... No sabe cuánto lo siento...
Ruth se quedó pensativa un momento.
—Ella tenía cinco años menos que yo —dijo al cabo—. Nos quedamos sin padres a una edad relativamente temprana. Yo estudié una carrera y me gradué con excelentes notas. Necesitaba el título, porque el administrador de nuestra fortuna, nombrado albacea por mi padre, no me inspiraba confianza. Acerté, porque una vez conseguí el diploma, ordené una auditoría contable y encontramos un desfalco de casi doscientas cincuenta mil libras.
—Y yo me quejo por cien mil —sonrió Stack.
—Todo depende de lo que tiene cada cual —dijo Ruth sentenciosamente—. Nuestra fortuna, sin embargo, no quedó apenas mermada, pero me supo muy mal la traición del hombre en quien mi padre había puesto su confianza. Le digo todo esto, para ponerle en antecedentes de mi caso.
—La escucho con toda atención —declaró el joven.
—Bien, quizá, por razón de mis estudios, descuidé un tanto a Daisy. A ella no le gustaba estudiar; prefería una vida más libre... bohemia, se decía antiguamente...

—Con dinero cualquiera —dijo Stack cáusticamente.
—Daisy no era de las chicas que viven como hippies durante el día y por las noches se recogen en una casa con todos los lujos. Ella llevaba sus ideas con todas las consecuencias hasta el final.
—Y, sin duda, le hablaría de los repugnantes capitalistas...
—Tampoco era aficionada a esas cuestiones más o menos sociopolíticas. Sólo quería vivir libremente, sin trabas, realizándose a sí misma, como suele decirse actualmente.
—¿Drogas?
—No, nunca. Pero, a veces, necesitaba dinero y no me lo pedía por orgullo. Entonces,
tenía que ganarlo.
—¿Prostitución?
—No podría asegurarlo —contestó Ruth, encarnada como una guinda —. Se buscaba un empleo, permanecía algunas semanas y luego, con algún dinero ahorrado, se marchaba a seguir su vida. Hasta que conoció a Phoenix de Gold.
—¿Quién era ese individuo?
—Algunos dicen que ha hecho un pacto con el diablo. Otros, más numerosos, sostienen que es un hipnotizador de cualidades poco comunes.
—¿Y usted? —preguntó Stack.
—Pienso que es un sujeto con una tremenda personalidad, capaz d seducir a cualquiera, hombres y mujeres. Cuando digo seducir, me refiero al significado de atraer a su bando, no al meramente sexual.
—Sí, comprendo. Algunos políticos tienen también una personalidad seductora y consiguen más votantes que sus rivales —sonrió el joven.
—Daisy trabajó con él una temporada. Luego murió.
—¿Por qué?
—La autopsia no encontró huellas una muerte criminal. Yo creo que la mató de Gold.
—Tal vez un veneno oriental, de los que se dicen no dejan rastros...
—No —contradijo Ruth—. La mató... ordenándola que se muriese.
Stack abrió la boca, estupefacto.
—Señorita Cobb, un hipnotizador puede conseguir muchas cosas de las personas que caen bajo su influjo, especialmente si son muy sensibles. Pero me parece imposible que alguien se muera, simplemente porque otro se lo ordena. No es lo mismo que mandar a alguien que se vaya de nuestra casa.
—Aguarde un momento —pidió la joven.
Ruth se levantó, fue a una consola y regresó con una grabadora, que puso en funcionamiento. A los pocos momentos, se escuchó una voz, en la que vibraban indudables notas de terror:
—¡Ruth! Ayúdame... No quiero morir... El me ha ordenado que

muera... ¡Ven, ven pronto!
La grabación cesó casi en el acto. Stack miró a la joven y vio que estaba intensamente pálida.
—No me gustaba que Daisy trabajase con De Gold y empecé a moverme para arrancarla a su influjo. De Gold, sospecho, debió de enterarse y por razones que aún desconozco, ordenó a Daisy que muriese. ¡Y Daisy murió! —exclamó la joven, con la voz repentinamente quebrada por la emoción.

* * *

Compadecido, Stack aguardó a que Ruth hubiese superado la crisis de llanto provocada por aquellas dramáticas palabras grabadas. Cuando vio que ella se rehacía, le entregó una copa con un poco de brandy.
Ruth se secó los ojos y tomó un sorbo de licor.
—Dispense, no he podido contenerme... Cuando decidí intervenir para rescatar a Daisy, pensé que sería conveniente tener siempre una grabadora dispuesta... La última llamada de socorro de mi hermana fue, sin embargo, lo único que pude grabar.
—Lo siento verdaderamente —dijo Stack—. ¿Qué pasó después?
—De Gold desapareció. Hice que lo buscasen, pero se lo había tragado la tierra. Luego, tuve que viajar al extranjero por asuntos que debía resolver inapelablemente. Fue a mi regreso cuando nos conocimos en el aeropuerto.
—Y sigue con su idea de encontrar a De Gold.
—Sí. Porque no quiero que más jóvenes ingenuas puedan morir, como le sucedió a Daisy.
—¿Justicia o venganza?
Los ojos de Ruth llameaban.
—Si le castiga la ley, ¿no me habré vengado de él?
—Entonces, no actúa sólo por motivos altruistas.
—Usted tampoco, me parece.
—Me declaro tocado —sonrió él—. En efecto, quiero recobrar esos documentos. Pero, según parece, usted encontró una pista a su regreso.
—Es cierto. Contraté a un detective privado, ya se lo había dicho. Por eso supe que Carol Varna había trabajado con él durante algún tiempo.
—De Gold usaba entonces otro nombre.
-—Lo sé, pero creo que el primero es el auténtico... Dígame, ¿qué ha averiguado usted?
—Lo que supe ayer, confirma, en gran parte, muchas de las cosas que me ha dicho usted —respondió el joven—. Ahora bien, opino que tanto Carol como su hermana, como si han existido otras mujeres antes que ellas dos, en la vida de De Gold, eran muy influenciables

psíquicamente. Un hipnotizador nunca emplea como sujetos de sus experimentos a personas de mente fuerte.
—Eso es verdad. Sin embargo, Daisy, a su modo, era fuerte. Ya Se he dicho que no quiso nunca que la ayudara económicamente...
—Es un área distinta de su personalidad. Los zapatos que usa una persona son idénticos, salvo que el derecho tiene unos contornos diferentes al izquierdo y no pueden confundirse.
Ruth sonrió casi por primera vez en todo el tiempo que llevaba hablando.
—Una metáfora muy aclaratoria —convino—. De modo que llegó a enterarse de que De Gold se hizo llamar después Magnus Magnussem.
—Sí, efectivamente.
—¿Por qué un nombre tan rimbombante, señor Stack?
—El hombre de Phoenix de Gold no lo es menos. Podría traducirse como el fénix de oro. El pájaro que renace de sus cenizas, pero, en este caso, de oro, además. En cuanto al otro, la traducción no es menos sencilla ni altisonante. Magno, el hijo de! Magno. Convendrá conmigo que, para un artista que ejecuta números que vayan en lo fantástico, son nombres enteramente apropiados.
—Es cierto —convino Ruth—. Y yo me pregunto si convendría que uniésemos nuestros esfuerzos para encontrar a ese hombre.
—Por mí, no hay inconveniente —aceptó Stack. Consultó su reloj—. Bien, puesto que
me ha hecho una propuesta, podemos empezar a dar el primer paso. A las tres, tengo una cita con una persona que, parece, quiere darme informes sobre Magnus Magnussem. O De Gold, si lo prefiere. ¿Le gustaría acompañarme?
—Me encantaría —respondió ella—. ¿Puedo cambiarme de ropa?
—Tiene diez minutos —sonrió el joven.
—Sobran cinco —aseguró Ruth.
Cumplió su palabra. Cuando regresó, vestía como la antevíspera, cuando se habían encontrado en la puerta de la casa de Carol.
—Avisaré a mi chófer...
—Por favor, iremos en mi coche'—dijo él—. No conozco el lugar donde debo encontrarme con la persona que quiere hablar conmigo, pero me imagino que no debe de ser apropiado para un «Rolls» con chófer.
—Es un Bentley —puntualizó Ruth.
—El mío es un Austin vulgaris, pero funciona.
Salieron de la casa. Un par de minutos después de las tres, estacionaban el coche a unos cincuenta pasos del Pale Face Café.
—Vaya un Hombrecito —rezongó él.
En la muestra, había un piel roja, sosteniendo con una mano la cabellera que acababa de arrancar a un rostro pálido. Este se hallaba

sentado en un sillón de barbero, leyendo apaciblemente un diario, en el que se publicaba con grandes titulares el resultado de la última final de Copa en Wembley.

—El autor era todo un humorista —comentó Stack, mientras empujaba suavemente a la joven hacia la puerta del café.

El ambiente del Pale Face no era lo que Stack había temido, aunque, evidentemente, tampoco se trataba de un local de lujo refinado. Pero incluso el Bentley de Ruth habría es-tado fuera de lugar estacionado frente a la puerta.

Desde el umbral, Stack exploró con la vista el interior del café. De pronto, divisó a Vivy en el rincón señalado.

—Vamos, está allí —murmuró.

Mientras sorteaban las mesas, casi todas desocupadas a aquella hora, Stack apreció que la joven parecía haberse dormido. Estaba justo en el rincón, en un diván que hacía án-gulo, y su cabeza se ladeaba para apoyarse en el respaldo derecho.

—Se ha cansado de esperarle —sonrió Ruth.

—No nos hemos retrasado tanto —contestó él—. Total, menos de cinco minutos...

De repente, notó algo extraño y se detuvo en el acto.

—Ruth, vaya y siéntese en cualquier otra mesa —dijo—. No, no haga preguntas. Por favor, haga lo que le digo.

Ella, aprensiva, obedeció, sin comprender la extraña actitud del joven, que se encaminaba hacia el mostrador, tras el cual, una mujer de gruesa figura limpiaba unos vasos con aire disciplente.

—Señora

La mujer le miró con ojos suspicaces.

—¿Que quieres, buen mozo? —preguntó.

—Oiga, ¿ve aquella chica que está sentada en el rincón?

—Sí. Se ha dormido. Quizá tomó una copa de más, aunque no es la hora más apropiada. Claro que eso es cosa de cada cual...

—Deseo pedirle un favor. ¿Ha venido alguien a verla?

La mujer pareció reflexionar.

—Sí, ahora que lo recuerdo... Fue hace unos diez minutos. Otra chica estuvo aquí con ella...

—¿Llegaron juntas?

—Oh, no. primero vino aquélla, la que está dormida. Luego, a los pocos momentos, apareció la otra. Se sentaron juntas y charlaron un rato, muy poco tiempo, no más de un minuto o dos. Luego, la segunda se marchó. Me dio un billete de una libra para pagar el gasto...

—¿Qué aspecto tenía la segunda, por favor?

—Pues... era bastante bonita, delgada, con el tipo de una modelo fotográfica... El pelo era muy claro, amarillo pajizo... Muy fina distinguida, sí, señor.

—Supongo que no conocerá su nombre —dijo Stack.
La mujer se echó a reír.
—Si tuviera que preguntárselo a todo el que entra aquí… Pero, ¿qué diablos le interesa a usted esa rubia?
Impasible, Stack sacó dos billetes de cinco libras y los puso en manos de la gorda.
—No mencione a la policía lo que hemos hablado —pidió.
—¿Por qué iba a decírselo a los «polis»? Usted no ha hecho nada…
—Cierto. Pero usted tiene que llamarles. La otra chica no se ha dormido. *¡Está muerta!*

CAPITULO VI

Ruth salió ansiosamente al encuentro del visitante. En el vestíbulo, Stack se quitó el impermeable y lo entregó a la doncella que había acudido a recibirle.
—¿Y bien? —dijo la joven.
—¿Podemos hablar a solas?
—Desde luego —accedió ella.
Condujo a Stack al saloncito y le sirvió un whisky.
—Lamento no haber podido venir antes —se disculpó él—. No quería hacerlo, por otra pˆrte, sin saber las causas de la muerte de Vivy Welley.
—¿Ha conseguido averiguarlo?
—Si. Puesto que la policía nos interrogó en el café, decidí llamar luego a un antiguo conocido que tengo en Scotland Yard. Le dije que nos habíamos encontrado por casualidad con aquel jaleo y que sentía mucha curiosidad por saber de qué había muerto una persona, asesinada a la vista de todo el mundo, sin que nadie se diera cuenta de ello. Bueno, habría una docena de personas en aquellos momentos, en el Pale Face, pero, para el caso, tanto da...
—Y así consiguió los informes —dijo Ruth, picada en su curiosidad.
—En efecto. El dictamen preliminar del forense habla de una herida punzante que ha interesado directamente el corazón. Probablemente, fue causada con una aguja de sombrero, aunque no ha sido hallada en el cuerpo de la víctima.
—Entonces, fue aquella rubia...
—Para mí, no hay duda —confirmó Stack tras apurar el contenido de la copa.
—¿Lo sabe la policía?
—No. La dueña del café guardó silencio. Es más, luego, cuando nos marchábamos, volví a darle otras diez libras. No ya la policía, sino tampoco otras personas deben saber que íbamos tras Vivy, aunque quizá los periódicos digan algo. Pero siempre nos considerarán como testigos casuales, ¿entiende?
—¡Espere un momento, por favor! —pidió Ruth.
La joven fue a un escritorio, abrió un cajoncito y sacó cuatro billetes, que puso en manos de Stack.
—¿Qué es esto? —preguntó él, sorprendido.
—Usted ha empleado hoy veinte libras en conseguir el silencio de una persona. Sus asuntos no marchan bien y no puedo permitir que se gaste el dinero, estando yo presente. De alguna manera, estamos embarcados en el mismo bote. Buscamos a la misma persona. Creo,

por tanto, que debo correr con todos los gastos.
—Oh, Ruth —dijo él sonriendo—. No lo tome así. Es cierto que puedo verme en una situación crítica, pero todavía estoy en condiciones de soportar ciertos gastos...
Ruth rechazó los billetes que él le devolvía.
—Insisto, Delmont.
—Bien, no quiero parecer pedante ni orgulloso. Gracias, Ruth.
—Y si necesitase alguna suma relativamente grande, y creyera que con ello iba a obtener algún resultado positivo, hágamelo saber. —Los ojos de la joven despidieron vivos destellos—. El dinero no importa tanto como conseguir que De Gold sea castigado
como se merece.
—Bueno, creo que no me costará nada obtener ciertos informes de la asesina de Vivy.
—¿De verdad?
—He estado reflexionando mientras venía aquí —contestó él—. Por un momento, llegué a pensar que Dora Carpatti tendría algo que ver con la muerte de Vivy. He llegado a la conclusión de que es inocente.
—¿Dora Carpatti? ¿Quién es esa mujer? —preguntó Ruth, intrigada.
—Dirige un gimnasio. Vivy trabajaba allí. Dora fue la que me dio detalles sobre Carol y Magnus Magnussem. No tendría sentido darme informes, para luego asesinar a Vivy. Se comprometería demasiado. Además, aunque es rubia, tiene el pelo más oscuro que la que asesinó a Vivy. Estoy segura de que fue una de las chicas que trabaja en el gimnasio.
—¿Piensa ver a Dora nuevamente?
—Por supuesto, Ruth.
—Le acompañaré...
Stack carraspeó.
—Verá... Es un gimnasio muy particular... En realidad, el nombre es una tapadera. Lo que se hace allí no tiene nada que ver con la cultura física.
Ruth se puso colorada.
—Me parece que comprendo —dijo—. Pero usted sí estuvo allí.
—Es cierto, y sabía lo que iba a encontrar, pero si quería conseguir datos, tenía que hacerlo. Su caso es distinto, Ruth.
—Lo admito —respondió ella—. ¿Cuándo irá a ver a Dora?
—Es ya muy tarde. Además, el «gimnasio» estará en plena «actividad». Es mejor acudir a una hora en que haya calma, como cuando hablé con Dora la primera vez.
—Mañana —adivinó ella.
—Exacto. Bien, no la quiero molestar más...
—¿Por qué no se queda a cenar? —invitó la joven.
—Gracias —sonrió Stack—. Tomé un bocadillo antes de venir. Lo

dejaremos para mejor ocasión.
—Como guste, Delmont.
Ruth le acompañó hasta la puerta. Stack se puso el impermeable.
—Está lloviendo a cántaros —se quejó—. Ah, no lo olvide; hay otro sitio al que sí podrá venir. Mañana, por ejem- plo, a las siete y media. Podemos cenar antes y luego iremos a ver la función del Small Circle. Carol trabajó allí algún tiempo.
—Es una buena idea. Tal vez consiga alguna pista sobre el paradero de De Gold.
—Eso espero, Ruth.
—Un momento, por favor —rogó la joven—. Delmont, dígame, ¿qué tal es la... directora del gimnasio?
Había malicia en la voz de Ruth. Stack procuró mantener la seriedad en su expresión.
—Oh, es muy alta, tanto como usted, pero le pasa casi veinte kilos, con unos músculos terribles y una voz que hace vibrar los cristales cuando habla. Debe de padecer algún de-sarreglo hormonal, porque le sale bigote...
—La mujer-músculo, vamos —dijo ella.
—Sí, tal como lo acaba de decir —terminó él sus mentiras acerca de Dora Carpatti.

* * *

—No te esperaba tan pronto —dijo Dora al día siguiente, hacia las tres de la tarde.
—Se trata de Vivy —contestó él.
—Pobre muchacha. —Dora se secó una lágrima con el pico del pañuelo—. Tan buena, tan dulce, con un porvenir tan maravilloso...
—¿De veras? —se sorprendió él.
—Sí. Entró aquí como doncella, pero estaba haciendo méritos para formar parte de la nómina. A veces, atendía a clientes de toda confianza y luego me informaban de su comportamiento.
—Vaya, no sabía que para esto existiese un período de aprendizaje —exclamo Stack.
—Bueno, como... entrenadora se gana más que como simple sirvienta.
—Ah, eso lo dice todo. ¿No tienes idea de los motivos por los que fue asesinada?
—En absoluto, Delmont.
—Ella me telefoneó. Quería decirme algo importante. No le dieron tiempo, Dora.
—En tal caso, te llamó desde el exterior. Era su día libre.
—Comprendo. Dora, necesito que me contestes a una pregunta.
—Dime, querido.
—Es alta, muy esbelta, distinguida, con aire de modelo de categoría.

El pelo es de color que antiguamente se llamaba rubio platino.
—¡Esmeralda Batter! —excalmó ella en el acto.
—Era una de tus chicas de confianza. Te oí decir que se hiciera cargo de la recepción, mientras tú y yo...
—Es cierto, pero ya no está aquí.
Stack no pudo ocultar su decepción.
—¿Se ha marchado?
—Salió poco antes de las dos de la tarde. Ya no ha vuelto. Llamó alrededor de las cuatro y dijo que no iba a volver en mucho tiempo y que ya diría dónde debíamos enviarle sus cosas. Me sorprende su actitud; aquí se sentía encantada. Es más, tenía una saneada cuenta de ahorros y se ha marchado sin llevarse nada, salvo algunas libras que debía de tener en su bolso.
—Cuenta de ahorros —repitió él.
—Las chicas me confían su dinero. Yo lo anoto en una libreta especial y, si alguna se marcha, se lo entrego mediante un cheque. Delmont, no pienses mal de mí; este «club» se rige por normas muy estrictas. No voy a negar que se trata de un prostíbulo, pero tengo una fama bien cimentada. Un escándalo, me arruinaría, ¿comprendes?
—Desde luego.
—Soy absolutamente honrada con las chicas. Es más, permito que examinen su cuenta cada vez que lo desean. ¿Qué podría yo ganar con negarle a alguna de ellas sus ahorros?
Por conseguir dos o tres mil libras, perdería infinitamente más...
—Es una buena táctica —aprobó él—. Y ya que estamos en el asunto, ¿puedo ver la cuenta de ahorros de Esmeralda?
—Claro, sin inconveniente —accedió Dora.
Los ahorros de Esmeralda Batter ascendían a más de tres mil libras. Stack se mordió los labios.
—No es lógico —murmuró—. Una mujer que teme algo y que sabe le conviene fugarse, no se marcha sin estar bien provista de dinero.
—¿Qué podía temer Esmeralda, Delmont? —se extrañó Dora.
Stack se volvió hacia la mujer.
—Esmeralda fue la misteriosa asesina que mató a Vivy —respondió. Inspiró con fuerza y agregó—: Clavándole una aguja de sombrero en el corazón.
—¡Jesús! —resopló ella.
Y se sentó en una silla, porque sentía que no tenía fuerzas en las piernas.
Stack buscó coñac y puso un par de dedos en una copa. Luego, él formuló una petición:
—Supongo que la policía habrá estado aquí y se habrá llevado todas las cosas de Vivy. Pero, hasta ahora, no sospechan de Esmeralda. ¿Puedo examinar su dormitorio?

—Sí, Delmont... Te acompañaré...
—Una cosa —dijo él, cuando ya se disponían a abandonar el despacho —. No repitas a nadie una sola palabra de lo que te he contado. No sería prudente, ¿comprendes?
—Descuida, seré como una tumba —aseguró Dora.
«Muda como una tumba... donde Vivy está ahora», pensó él tristemente.

* * *

—Esmeralda se ha marchado y se ignora su paradero —dijo Stack apenas se hubo acomodado Ruth en el asiento contiguo del coche.
—Entonces, es cierto; ella es la asesina —exclamó la joven.
—En un sorteo, se llevaría todos los números. Pero, ¿qué quería decirme Vivy? ¿Por qué tenía tanta urgencia en hablar conmigo?
—Usted no fue...
—No pensé que sería de tanta importancia. Creí que era ella quien la concedía al hecho y que podría esperar perfectamente a que hubiese conversado antes con usted. Si lo hu-biera sabido... —se lamentó él amargamente—.
—La culpa no es suya, Delmont —dijo la joven, tratando, de darle ánimos.
—Siempre me reprocharé esa muerte. Pude haberla evitado...
—Ayer, tal vez sí, pero tengo la impresión de que a Esmeralda habrían terminado por asesinarla.
—Es posible. Pero, a lo mejor, yo la habría recomendado abandonar Londres una temporada...
—Delmont, no especule con lo que pudo ser, porque nunca sabremos si hubiera ocurrido según nuestros deseos. Lo único que parece cierto es que ese horrible individuo, De Gold o Magnussem, como quiera, está en el fondo de este asunto.
—Sí, es cierto.
—Un ser demoníaco, un diablo convertido en ser humano...
—Metafóricamente, así es —convino el joven—. Para esos tipos, sin embargo, hay siempre una puerta abierta.
—¿Cuál, Delmont?
—¡La puerta del infierno!
Ruth se sintió hondamente impresionada por aquella respuesta. Después, la conversación, languideció, incluso durante la cena. Al terminar, decidieron asistir a la función del Small Circle.
—Habrá porteros, acomodadores, personal de servicio...
y alguno de ellos recordará a Magnussem —dijo Stack ya en las inmediaciones del teatro.
—También algún artista —agregó la joven.
—Indudablemente. Creo que aquí encontraremos algún rastro, que nos

permita encontrar a ese maléfico individuo.
—Delmont, si tiene que dar algún dinero para estimular la memoria de alguien, recuerde que estoy a su lado —dijo Ruth.
—Lo tendré en cuenta, gracias.
Un minuto más tarde, detenía el coche ante la fachada del teatro. Ambos se quedaron estupefactos al ver los carteles, pegados en las puertas, en cada uno de los cuales había una misma inscripción:

CERRADO POR PROXIMO DERRIBO

CAPITULO VII

Durante unos momentos, Stack permaneció en silencio, con las facciones contraídas y las manos crispadas sobre el volante. Ruth le observaba en silencio y llegó a temer un estallido de cólera.
No obstante, Stack logró serenarse y se volvió hacia ella, con la sonrisa en los labios. _
—Una bonita sorpresa, ¿eh?
—Es sólo un pequeño obstáculo, Delmont. ¿Se da ya por vencido?
—No, en absoluto. Aunque fuese un obstáculo tan alto como el Everest. Y no importa que el teatro esté cerrado.
Abrió la guantera y extrajo una linterna.
—El teatro está cerrado, es cierto, pero todavía no hay señales de que se hayan iniciado los trabajos de derribo. Todo estará abandonado, revuelto, pero quizá encontremos al-guna pista en los camerinos. Algún papel olvidado, un sobre roto, pero no destruido... Ya que estamos aquí, ¿por qué no aprovechamos la ocasión?
—Es una excelente idea —contestó Ruth entusiasmada—, Pero, ¿por dónde vamos a entrar?
—Se lo diré en seguida.
Salieron del coche y caminaron por el callejón lateral, hasta llegar a la puerta de artistas. Stack tanteó el picaporte.
—Está abierto —dijo, sorprendido.
—Claro, no hay nada de valor...
Stack encendió la linterna. Tal como había vaticinado, el interior del teatro, por otra parte de dimensiones muy reducidas, ofrecía un aspecto de abandono total. En el pasillo de acceso ya no quedaba ningún mueble. La tablilla de avisos aparecía desnuda de todo papel.
De pronto, vio una caja de fusibles. Alargó una mano, bajó el interruptor general y luego buscó otro. Con gran sorpresa por su parte, se encendieron algunas lámparas.
—Bien, todavía no han cortado la corriente —dijo, más animado—. ¿Empezamos la exploración?
—Adelante —dijo ella.
Revisaron algunos camerinos, en los que, prácticamente, no quedaba nada. Ninguno de los papeles que vieron tirados por el suelo les ofreció la menor pista del hombre al que buscaban.
Casi sin darse cuenta, se encontraron en el escenario, que apenas si tenía ocho metros de boca. Las tablas crujían alarmantemente. El patio de butacas estaba vacío; ya se habían llevado los asientos.
—Evidentemente, están llevándose todo lo que pueda servirles mínimamente de valor. Cuando ya no quede nada, empezarán el

derribo en serio…
Stack se interrumpió bruscamente.
Algo había crujido en lo alto. Fue un chasquido seco, casi estallante, que pareció un disparo de fusil.
El crujido se repitió. Alarmado, miró hacia arriba.
De pronto, lanzó un grito:
—¡Fuera de aquí, Ruth!
Al mismo tiempo, se oyó el oscuro silbido de una pesada masa que descendía de lo alto. Stack apenas si tuvo tiempo de apartarse de aquella cosa que chocó con tremendo estré-pito contra las tablas del escenario. Durante una fracción de segundo, vio un enorme bloque de mampostería; luego, por el impulso de la caída, aquel pesado proyectil atravesó las tablas, haciendo volar astillas por todas partes, y fue a estrellarse sordamente contra el suelo del sótano.
—¡Dios mío! —se asustó ella—. Hemos estado a punto de…
Stack se asomó al enorme agujero abierto por el bloque de ladrillos y argamasa. Procedía de la estructura de la cúpula, pero le extrañó que cayera con tanta facilidad. Tal vez arriba habían empezado ya a trocear el tejado o alguno de los muros de carga, pero se imaginaba que los expertos en derribos no dejarían peligrosamente suelto un bloque que debía de pesar sus buenos doscientos kilos.
De pronto, oyó pasos precipitados en las inmediaciones.
—¡Ruth, quédese!
Stack se lanzó hacia el extremo opuesto del escenario, donde vio una escalera con barandilla de hierro, que conducía a las partes altas del teatro. En aquel lugar, la oscuridad era casi absoluta y su linterna no emitía luz suficiente para ver con claridad.
Un hombre descendió a la carrera. Stack supo en el acto que era el sujeto que había intentado asesinarles, lanzándoles aquel pesado bloque. Trató de cerrarle el paso, pero el sujeto arremetió contra él con enorme ímpetu.
Stack no estaba preparado para resistir el poderoso impacto del sujeto. Recibió el golpe en el hombro y salió despedido hacia atrás. Mientras caía de espaldas, el otro aprovechó la ocasión para fundirse con las tinieblas y perderse de vista.
Ruth gritó alarmada:
—¡Delmont, Delmont!
—Estoy bien —contestó él trabajosamente.
Ruth corrió y se arrodilló a su lado.
—Vi que un hombre le atacaba… ¿Lo conocía?
Stack sacudió la cabeza.
—No tuve tiempo de ver gran cosa; además, aquí hay mucha oscuridad. Pude distinguir una cosa rara, sobre la cabeza-del sujeto…, pero eso es todo lo que puedo decir.

—Entonces, el bloque no se desprendió accidentalmente.
—¿Lo duda ahora?
Stack hizo un esfuerzo y consiguió levantarse. En aquel instante, sorprendentemente, se oyó una voz cascada:
—¡Eh! ¿Quién diablos anda ahí? Chicos, ¿creéis que este es lugar apropiado para vuestras... diversiones?
Stack y Ruth, enormemente sorprendidos, se volvieron en el acto, y divisaron al hombre que avanzaba hacia ellos con un grueso garrote en la mano.
Era un sujeto que ya rondaba los cincuenta y cinco años, con barba de varios días y los ojos legañosos. Llevaba una astrosa chaqueta y de uno de los bolsillos de la misma sobre-salía el gollete de un frasco, de contenido inequívoco.
—Anda —dijo el sujeto—. Si no son...
—No somos unos chicos que vienen aquí a jugar —declaró Stack—. Ella es la señorita Ruth Cobb. Yo me llamo Delmont Stack. Estamos buscando a Magnus Magnussem.
El hombre les miró asombrado.
—Buscan al mago...
—Así es, señor... —dijo Ruth, a la vez que abría el bolso.
—Merton, Pete Merton, pero pueden llamarme «El Chispa». Así me llaman todos y no me enfado por ello, señorita —contestó el sujeto, quitándose una gorra mugrienta, que dejó al descubierto por unos ralos cabellos que habían sido primitivamente rubios y que ahora eran de un color indefinible.
—Muy bien, «Chispa» —sonrió ella—. Hemos venido a buscar al señor Magnussem, pero resulta que no sabíamos que el teatro iba a ser derribado. ¿Podría indicarnos dónde vive?
Merton se rascó la cabeza.
—Yo no lo sé, pero sí sé quién lo sabe. Es decir, creo que lo sabrá —contestó.
Ruth le entregó un billete de cinco libras.
—Es usted inmensamente generosa, señorita —dijo el sujeto—. Tanto como hermosa y le deseo que sea eternamente feliz con el apuesto caballero que lleva al lado...
Ruth miró al joven por encima de la cabeza de Merton. Stack hizo un leve gesto negativo. «Ya tiene bastante. Este "caradura" quiere sacarte más dinero», pensó.
—Gracias, mil gracias, «Chispa» —dijo Ruth—. Pero, ¿dónde vive esa persona que conoce la dirección de Magnussem?
—Le daré las señas, señorita...
—Hable, Pete, yo anotaré —terció Stack.
Momentos después, guardaba la agenda en el bolsillo.
—Se lo agradecemos, Pete —dijo Ruth—. Creo que podemos

marcharnos ya, ¿no le parece, Delmont?
—Aguarde un momento, por favor. Pete, algo se ha caído desde las alturas, pero no accidentalmente, sino porque alguien arrojó con toda intención. Era un hombre que me pareció muy moreno, con un trapo en la cabeza…
—¡Siddham Angh, el criado de Magnussem! —exclamó Merton instantáneamente—. Tengan cuidado con él, señores; es un bicho de mucho cuidado. Aquí no le tenía nadie simpatía y una vez hasta se habló de linchamiento. Pero la cosa no pasó a mayores, porque el señor Magnussem se marchó…
—Con Carol, su *partenaire* —dijo el joven.
—Sí, señor, se fueron los tres. Ella era una joven muy dulce, muy sensitiva. Todos la apreciábamos muchísimo y no comprendíamos cómo podía estar en compañía de esos dos hombres. El señor Magnussem tenía un genio de todos los diablos…
—Hemos oído bastante —cortó Stack la verborrea del sujeto—. Gracias, «Chispa».
—Ha sido un placer servirles. Antes de un año, el teatro estará funcionando de nuevo. Vuelvan por aquí, señores.
—Volveremos —prometió Ruth.
Salieron a la calle. Al hallarse en el exterior, Ruth exhaló un largo suspiro de alivio.
—¡Uh, creí que ese hombre no iba a terminar jamás de hablar! —exclamó.
—Es un poco parlanchín, en efecto —convino el joven—. Buscaba una mayor propina,
pero cinco libras ha sido incluso exagerado.
—Me interesan los resultados, Delmont —respondió ella intencionadamente.
—Está bien. —Stack sacó la agenda y leyó— Grant Elm- wood, jefe de personal del Small Circle. Tenemos la dirección y disponemos de tiempo ilimitado. ¿Le parece que vayamos a verle ahora mismo?
—Nos hemos puesto en campaña y creo que debemos seguir adelante, hasta el final —sonrió Ruth.
Pero se llevaron una gran decepción. Elmwood, efectivamente, vivía en la dirección que les había facilitado Merton. Sin embargo, estaba ausente y tardaría un par de días en regresar, según manifestó su esposa.
Elmwood era también agente artístico y estaba realizando unas gestiones fuera de Londres, que le impedirían regresar antes del plazo señalado.
Ocultando la decepción que sentía, Stack entregó una tarjeta de visita a la señora Elmwood, con la recomendación de que su esposo le llamase urgentemente apenas hubiera regresado. Ruth, por su parte,

hizo lo mismo.
—Y si el señor Stack no estuviera en su casa, que me llame a mí —recomendó.

* * *

El Morris-Mini se detuvo ante la casa y su acompañante se apeó en el acto. Fue a la puerta, batió el llamador y esperó algunos momentos.
Angh abrió pasado casi un minuto. Sus ojos perspicaces examinaron críticamente a la hermosa mujer que tenía ante sí.
—Soy Esmeralda Batter —dijo ella—. Deseo ver al señor Ibbets.
—Déjala pasar, Siddham —ordenó el aludido desde la puerta del salón.
—Bien, «sahib».
Esmeralda cruzó el vestíbulo. Su mirada se encontró con la del dueño de la casa.
—Estoy aquí —dijo ella.
—Gracias. Entra.
Ella pasó al salón y se mantuvo en pie, junto a la chimenea, en la que ardían un par de troncos, Ibbets llenó dos copas y le entregó una.
—Bebe.
—Sí —dijo Esmeralda con voz ausente.
Hubo un momento de silencio. En la chimenea, crujió un tronco al quebrarse. Ibbets se inclinó y atizó el fuego con el hierro adecuado. Luego se volvió hacia la recién llegada.
—¿Sabe alguien que estás aquí? —preguntó.
—No, señor.
—Hiciste todo tal como te ordené.
—Sí, señor.
—Eres una buena muchacha. Voy a darte tu recompensa.
—Gracias, señor.
Ibbets apuró su copa. Esmeralda hizo lo mismo.
—Sígueme.
La joven obedeció sin protestar. Ibbets accionó el mecanismo que hacía girar la estantería de libros y luego penetró a través del pasadizo. En los ojos de Esmeralda había una ausencia total de brillo.
Ibbets atravesó luego la cámara circular. Ella le seguía de una forma absolutamente maquinal, ajena por completo a cuanto le rodeaba.
La puerta de hierro se abrió y las llamas rugieron al otro lado. Ibbets dio una orden:
—¡Salta!
Esmeralda se arrojó a las llamas. Ni siquiera gritó.
Ibbets cerró la puerta e hizo un gesto de pesar.
—Lástima —dijo—. Era tan hermosa...
Regresó al salón y entonces vio sobre una consola el bolso de la joven.

Luego destruiría el bolso con todo su contenido, pensó.
El criado apareció a los pocos momentos.
—Listo, Angh —dijo Ibbets—. Es una lástima; me habría gustado dejarla aquí...
—Al, señor le convendría tener una *partenaire* fija —aconsejó Angh maliciosamente.
—Todavía es pronto. Cuando pueda conseguiré la más hermosa de todas.
—Y que, además, sea rica.
—Por supuesto. ¿Sabías que ya la he elegido?
—¡No me diga!
—Angh, compórtate con más distinción —le reprochó Ibbets.
—Sí, señor. Disculpe el señor...
Ibbets frunció el ceño, mientras contemplaba malévolamente a su sirviente. «Sabes demasiado de mí y un día tendré que quitarte de en medio», pensó.
—Bien dejemos esto, Siddham. Tenemos un problema por resolver. El coche de Esmeralda.
—Es muy pequeño. Puede ocultarse en cualquier parte...
—Preferiría que lo desguazaras. Llévalo al garaje y luego repartiremos las piezas poco a poco por distintos sitios.
—Es una buena idea, señor. Empezaré ahora mismo.

CAPITULO VIII

Había terminado apenas de afeitarse y, todavía con la bata de baño, tuvo que salir a abrir, porque alguien acababa de llamar a la puerta. Pensó en el primer momento que sería Ruth, pero pronto salió de su error.
—¿Señora? —dijo, al ver la hermosa mujer que tenía frente a si.
—¿Delmont Stack? —preguntó ella.
—En efecto...
—Soy Arabelle Gunnison. Deseo hablar con usted, señor Stack.
El joven se sonrojó.
—No sé cómo disculparme... Acababa de salir del baño...
—Lo hacemos todos a diario, después de levantarnos —sonrió Arabelle —. Sucede que yo he madrugado hoy un poco más de lo corriente. Pero no se preocupe por mí. —Soltó una risita—. Estuve casada un tiempo y sé lo que es ver a un hombre en bata de baño.
—Usted me devuelve el optimismo, señora —contestó Stack—. Tome asiento, por favor. Le prepararé un poco de té...
—No se moleste, se lo ruego. Voy a ser muy breve, señor Stack.
Arabelle se sentó, cruzó las piernas, dejando ver un fascinante panorama de encajes y puntillas, abrió su bolso y se puso un cigarrillo en los labios. Stack, galante, se lo encendió..
—Gracias —dijo ella, después de exhalar la primera bocanada de humo—. Estoy segura —añadió— que le suena mi apellido, aunque no nos hayamos conocido personalmente hasta ahora.
Stack asintió tristemente.
—Por desgracia, así es, señora. Y, supongo, usted ha venido a verme a causa de cierto asunto que llevaba mi difunto socio.
—Sí —admitió ella—. Se lo encomendé al señor Mersey, pero sé que murió misteriosamente. Sin embargo, ignoro el resultado de sus gestiones. Pensé que usted, como su asociado, podría informarme...
—Es extraño que usted no sepa nada, señora Gunnison —observó el joven.
—He estado una larga temporada ausente, en Ibiza, España. Tengo allí casa propia y, en ocasiones, paso meses enteros.
«Ibiza, hippie, pero con pasta», pensó Stack. Arabelle era una mujer muy hermosa, de unos treinta y cinco años, sumamente distinguida, incluso sofisticada. Tal vez tenía un amante español... o varios, quién sabía.
Le explicó lo sucedido de un tirón. Arabelle se mordió el labio inferior.
—Es un asunto que me interesaba sobremanera. La propiedad me pertenecía; no se trataba de bienes vinculados al matrimonio, que

otros parientes podrían reclamar. La heredé de mis padres y nunca formó parte de los bienes comunes —declaró, cuando supo lo ocurrido con los documentos.
—Estamos tratando de recobrar esos papeles, señora. Tenemos buenas pistas y no tardaremos mucho en darle excelentes noticias. Le estoy diciendo la verdad —manifestó Stack con solemne acento—; no se trata de unas frases de mero compromiso.
—Estoy segura de ello —contestó la hermosa visitante—. Quizá algún pariente me lo reproche; a fin de cuentas, las tierras de Gunnislake pertenecieron a mi familia desde hace más de doscientos años. Pero yo no puedo vivir de la historia, señor Stack —concluyó Arabelle con brillante sonrisa.
—Lo encuentro perfectamente justificable, señora —dijo él—. Sin embargo, me gustaría conocer un detalle. Yo también estuve en el extranjero una larga temporada y no conozco el asunto sino superficialmente. ¿Qué extensión tiene su propiedad?
—Aproximadamente, diez mil hectáreas. Gran parte de las tierras, sin embargo, no son cultivables, pero hay bosques aprovechables y extensos prados, que sí confieren valor a la propiedad.
Stack se quedó casi sin aliento.
—Es muy extensa, en efecto —dijo.
—Tenía una oferta de una sociedad, que estaba dispuesta a pagar más de un millón de libras. Sin los documentos, compréndalo, el trato podría deshacerse.
—Intentaré rescatarlos, cueste lo que cueste —prometió él.
Arabelle se puso en pie y sacó una tarjeta de su bolso.
—Mi dirección en Londres. Téngame informada de cualquier novedad que pueda producirse en el asunto —solicitó.
—Así lo haré, señora.
—Tengo algo de prisa, porque me voy fuera un par de días, invitada a casa de una amiga. ¿Por qué no viene a cenar conmigo el próximo viernes?
En los ojos de Arabelle había algo más que una simple fórmula de cortesía, dedujo Stack. Pero no se quiso comprometer.
—Si mis ocupaciones lo permiten…
—Busque el tiempo necesario —aconsejó ella con cálida sonrisa.
Stack la acompañó hasta la puerta. Cuando abría, vio a Ruth que estaba atravesando el jardín.
Las dos mujeres se cruzaron, dirigiéndose leves inclinaciones de cabeza. Ruth entró en la casa y se volvió para contemplar a Arabelle, que se disponía a entrar en su coche.
—¿Quién es? ¿Alguna conquista? —preguntó, maliciosa.
—No sea suspicaz. Es la persona con quien menos habría soñado encontrarme, apenas levantado de la cama —respondió él—. Arabelle

Gunnison.
—¿La de los documentos robados?
—Sí, y creo saber ahora por qué los robó Magnussem..
—¿De veras?
—Se trata de una extensísima propiedad, diez mil hectáreas, por la que una sociedad ofrecía un precio superior al millón de libras. Eso explica, entre otras cosas, que Magnus-sem haya dejado el teatro, para dedicarse a algo que le proporcionaría más dinero del que pudiera ganar en toda su vida, actuando en los escenarios.
—Entonces, Magnussem no debe de estar muy lejos del lugar en donde se halla la propiedad —exclamó la joven.
Stack hizo un gesto de aquiescencia.
—Indudablemente. Y yo debiera haber sospechado algo, porque existe cierta relación entre el apellido Gunnison y el pueblo de Gunnislake, que es el lugar en cuyas inmediaciones se encontró el cadáver de mi socio.
—Debemos ir a esa localidad —dijo Ruth con gran vehemencia—. Allí podremos rastrear mejor el paradero de ¿se miserable…
La joven fue interrumpida bruscamente por el teléfono, Stack hizo un gesto con la mano, levantó el auricular y pronunció su nombre.
—Soy Dora —oyó—, Delmont, necesito hablar contigo inmediatamente.
—¿Qué pasa? —preguntó él.
—Será mejor que vengas a verme en persona. Es urgente.
—Muy bien, iré en cuanto me vista, Dora.
Stack colgó el teléfono y dio media vuelta para dirigirse a su dormitorio. Ruth le cerró el paso.
—Iré con usted —dijo, resuelta.
Stack sonrió.
—Voy al «gimnasio».
—No soy una adolescente, que se mira todos los días al espejo para ver cuándo llega la hora de ponerse un sostén —contestó la joven.
Stack respingó.
—¡Ca… ramba, vaya comparación!
Ella se echó a reír y tendió el brazo derecho.
—¡A vestirse! —ordenó.
—La amabilidad con que me lo pide, me obliga a obedecerla sin rechistar —contestó él jovialmente.

* * *

Angh abrió la puerta de la casa y contempló asombrado al hombre que estaba en el umbral.
—Hola, Siddham —dijo Grant Elmwood—. ¿Dónde está el bribón de tu amo?

El hindú no había salido aún de su sorpresa.
—Usted por aquí…
Elmwood soltó una risita.
—Creías que no sería capaz de encontraros, ¿eh? —dijo desdeñosamente, a la vez que cambiaba el cigarro de lado en la boca —. Bueno, yo sería capaz de encontrar un penique perdido en el desierto del Gobi, cuando más a una pareja de granujas como vosotros dos. Anda, avisa a tu amo; dile que quiero hablar con él. Dile también que le interesa mucho oírme. ¿Está claro?
—Sí, sí… señor —contestó Angh, quien todavía no había logrado recuperarse de la sorpresa recibida.
Elmwood quedó en el vestíbulo, chupando su puro, sin quitarse el sombrero hongo que parecía constituir una parte de su propio cuerpo. Contempló la casa con admiración.
—Sabe vivir bien —murmuró.
Ibbets descendió a los pocos momentos del primer piso, anudándose el cordón de la bata. Había en sus pupilas una expresión de desagrado, captada en el acto por el visitante.
—No pongas esa cara, Fulton —dijo Elmwood—. Sé que mi presencia no es grata para ti, pero tendrás que aguantarte.
—Está bien. Pasa al salón; allí hablaremos con más comodidad.
—Gracias. —El visitante se volvió hacía Angh—. Siddham, sírvenos café.
—No estás en tu casa —le recordó Ibbets.
—Quiero café.
Los dos hombres se contemplaron en silencio unos momentos Luego, Ibbets hizo un gesto de aquiescencia al criado, que permanecía inmóvil a pocos pasos.
—Café, Siddham.
Angh se inclinó profundamente.
—Bien, «sahib» —contestó.
Elmwood soltó una risita.
—Le tienes bien educado, ¿eh? Y pensar que hace cuatro años estaba todavía en Dartmoor, cumpliendo condena.
—Es humanitario ayudar a regenerarse a! que ha sufrido un tropiezo —dijo Ibbets secamente.
—No me hagas reír, Fulton. Esas palabras en ti suenan como un discurso a favor de la- templanza en boca de un fabricante de licores. Pero vayamos al asunto.
—Sí, será lo mejor.
La chimenea estaba apagada. Elmwood vio botellas en un aparador y, sin quitarse el cigarro ni el sombrero, destapó una y empezó a servirse whisky.
—A mí no me vas a engañar, Fulton —continuó—. Nos conocemos

demasiado bien para que pueda tragarme tus cuentos. Hablando con crudeza, no me importa lo que hagas, con tal que me des una buena tajada de ese pastel tan rico que estás cocinando.
—¿A qué te refieres, Grant?
—Hay un millón de libras en» juego. Para empezar, sólo quiero la milésima parte, esto es, mil libras. Cuando hayas ultimado el negocio, me darás un tercio de tus beneficios y esto de una manera vitalicia. Porque el asesinato tarda muchísimos años en prescribir legalmente, ¿sabes?
Ibbets se puso rígido.
—Entonces, ¿te figuras que yo...?
—Nadie sino tú podría haberlo hecho.
—Grant, conoces mis facultades. A veces, es lógico, exagero un poco en el escenario. Pero la mayor parte de las cosas que hago son auténticas.
—Lo sé perfectamente, pero no me impresionas ni me asustas. Tú no puedes hipnotizarme. Tengo mi mascota que me protege de tus formidables poderes mentales, ¿sabes?
—No me digas —se burló Ibbets.
—¿Por qué no haces la prueba?
Angh entró en aquel momento con una bandeja en las manos. Ibbets le hizo una señal con la mano y el sirviente se retiró.
Los ojos de Ibbets miraron intensamente a su interlocutor. Elmwood aguantó aquella mirada sin pestañear.
Pasaron cinco minutos. Ibbets sudaba copiosamente. Con toda naturalidad, Elmwood dijo:
—Es inútil, no te esfuerces. Mi mascota actúa con toda eficacia.
De súbito, Ibbets movió la mano e hizo chasquear los dedos. Elmwood se puso rígido
—Pensabas que no podría dominarte, ¿verdad?
El visitante no contestó. En aquel instante, Angh asomó la cabeza por la puerta.
—Ordénele tomarse su taza de café —aconsejó.
Ibbets asintió y emitió la orden. Elmwood obedeció sin vacilar.
Un minuto más tarde, Elmwood se desplomó al suelo. Pataleó un poco y luego se quedó quieto.
El sombrero hongo había rodado a un lado. Angh se inclinó, lo recogió y examinó la badana interior.
—¡Qué raro! —exclamó.
—¿Qué encuentras de raro? —preguntó Ibbets, mientras se enjugaba el sudor con un
pañuelo.
—Una vez le oí comentar que usted no le podría hipnotizar jamás, ya que había descubierto el modo de anular su poder mental. Pero no

lleva la protección que dijo le evitaría cualquier peligro.
—¿Dentro de la badana?
—Sí. Se lo vi en el Small Circle en una ocasión. Por eso preparé el veneno para su café,.
—Me ha costado mucho, en efecto —convino Ibbets—. Pero es que tal vez estoy un poco desentrenado y, además, Elmwood tenía un carácter muy fuerte,
—No le ha servido de nada —rió Angh—, Se bebió el café. —Por fortuna. Siddham, tenemos que deshacernos del cadáver.
—Déjelo de mi cuenta, señor.
Angh se inclinó y cargó sin esfuerzo con el inerte cuerpo de Elmwood.
Al quedarse solo, Ibbets se sirvió una buena ración de whisky. La ocasión lo merecía. Elmwood le había dado un susto mayúsculo.
Pero ya no había motivos para sentir temor.

CAPITULO IX

—Les presento a la señorita Priscilla Rose —dijo Dora—. Priscilla, la señorita Ruth Cobb, el señor Stack.
—Encantada —dijo la «entrenadora», una hermosa joven de robustos senos y sólidas caderas.
—Mucho gusto, señorita Rose —contestó Ruth.
Stack se limitó a hacer una inclinación de cabeza. Dora movió la mano.
—Adelante, Priscilla; cuéntales a los señores lo que me has dicho a mí —invitó.
—Sí, señora... Se trata de algo que vi el día en que Esmeralda se marchó del «club». Recibió una llamada telefónica. No era la primera vez, por supuesto, pero aquel día ocurrió algo extraño. Yo le oí a Esmeralda decir algo respecto a Vivy. Entonces, la otra persona que hablaba con Esmeralda debió de darle la orden de marcharse del «club».
—¿Cómo lo sabe? —preguntó Stack
—No podría decirlo de un modo cierto... Ella hablaba con normalidad, pero, de pronto, se puso tiesa como un palo y contestó con un «Sí, señor», que parecía como si estuviese en las Fuerzas Armadas. Ya no dijo más; colgó el teléfono y se marchó en el acto. Parecía que estuviese desfilando en una parada militar...
Ruth volvió los ojos hacia el joven.
—Hipnosis a distancia —murmuró.
Stack respingó.
—¿Cómo?
Ella hizo un ademán.
—Luego, Vance —dijo—. Gracias, señorita Rose.
Abrió su bolso y extrajo unos billetes, pero Dora puso la mano encima.
—No, gracias —rechazó el ofrecimiento.
—Nos ha hecho un gran favor...
Dora soltó una risita.
—Envíele un par de kilos de bombones —aconsejó.
—Muy bien. Delmont, tenemos que marcharnos.
Stack se picó ante el tono imperativo que latía en la voz de Ruth.
—Aguarda un momento —dijo—. He olvidado preguntarle a Priscilla algo importante.
—Hazlo, Delmont —permitió Dora.
—Gracias. Priscilla, tengo entendido que Magnus Magnussem era socio del «club» y que venía con cierta frecuencia.
—Te lo dije ya —exclamó Dora, un tanto irritada.

—Sí, pero me gustaría saber si Magnussem contrataba a Esmeralda como entrenadora, cada vez que venía aquí.
—Es cierto —contestó Priscilla—. Siempre la llamaba a ella...
—Gracias, eso es todo.
—¿Tiene alguna importancia, Delmont? —preguntó Dora.
Stach sonrió.
—¿Has oído hablar alguna vez del caballo de Troya? Menos complicado: Esmeralda era
un espía infiltrado.
—No me lo puedo creer...
—Ya no hay dudas —aseguró el joven—. Ruth, ahora ya podemos marcharnos. Gracias, Dora; gracias, Priscilla.
Salieron a la calle. Stack frunció el ceño.
—Usted quería marcharse demasiado pronto —le reprochó.
—Discúlpeme, pero tenía algo importante que decirle y no quería hacerlo en presencia de aquellas dos mujeres.
El joven abrió la portezuela de su coche.
—Ya puede hablar —dijo, apenas estuvieron acomodados en el automóvil,
—Para mí, la cosa está clara, Magnussem hipnotizó a Esmeralda.
—¿Quiere decir que esa chica cometió el crimen bajo hipnosis?
—Exactamente,
—No es posible...
—Escúcheme. Sé cómo murió mi pobre hermana, aunque no tenga pruebas tangibles de ello. Magnussem, o De Gold, como prefiera, es un hombre que tiene una mente con poderes prodigiosos. Por tanto, hipnotizó a Esmeralda, pero, al mismo tiempo, le ordenó llevar una vida normal. Ahora bien, en el momento que lo creyó necesario, pronunció una palabra clave, grabada en el subconsciente de Esmeralda, y a partir de este momento, ella hizo todo lo que él quiso.
—Es decir, cumplió la orden de matar a Vivy.
—Exactamente. Delmont, he leído mucho sobre hipnotismo. Sé que tuvo que ocurrir así —dijo ella apasionadamente.
—Comprendo que no quisiera hablar en el «club» —murmuró él—. Pero queda la duda sobre la oportunidad de la orden.
—Usted mismo lo dijo: Esmeralda era una espía infiltrada. Y Magnussem la telefoneaba con frecuencia. Así estaba informado... Delmont, tengo la seguridad de que Magnussem hipnotizó a más personas, ninguna de las cuales lo sabe. Habría sido demasiada casualidad que sólo Esmeralda le enterase de lo que pasaba en el «club».
—Es cierto —convino Stack—. Pero convendría saber qué personas están bajo el dominio de ese demonio.
—Sin duda, todas las que, de un modo u otro, puedan tener alguna

relación con el asunto Gunnison. Ahora bien, aunque Esmeralda no estuviese relacionada con ese negoció, siempre le resultaría útil tener un agente en un lugar como el «gimnasio» de Dora Carpatti.
—No me cabe la menor duda. Sin embargo, vamos a tener dificultades, Ruth. ¿Cómo podremos luchar contra un hombre que puede apoderarse de nuestra voluntad, con un simple chasquido de dedos?
—Algo se me ocurrirá, no se preocupe. Mientras tanto, ¿qué le parecería una excursión a Gunnislake?
—Tendría que ser mañana...
—Desde luego. Y ahora, ¿acepta, una invitación a almorzar?
—No puedo rechazarla —sonrió Stack,
Cuando llegaron a la casa de Ruth, la doncella dio un recado a la joven.
—Ha llamado la señora Elmwood —manifestó—. Dice que tiene algo interesante que comunicarles a usted y al señor Stack.
Ruth se volvió hacia el joven.
—Almorzaremos primero, ¿le parece bien?
—Estoy desfallecido de hambre —sonrió Stack.

* * *

Fanhy Elmwood se retorció las manos y miró afligidamente a la pareja que tenía frente a sí.
—Temo lo peor para mí esposo —declaró.
—Por favor, explíquese —pidió Stack,
—Y no tenga miedo en hablar. Estamos entre amigos —añadió Ruth.
Fanny asintió.
—Mi esposo me llamó hace dos días. Dijo que estaba en las inmediaciones de Gunnislake y que iba a visitar a un antiguo conocido suyo.
—¿Magnussem? —preguntó el joven.
—No. Dijo que se llamaba Fulton Ibbets... Pero mencionó algo acerca de su trabajo como hipnotizador en el Small Circle...
Stack se volvió hacia Ruth.
Seguramente, Ibbets es el nombre auténtico. Parece lógico que no use ninguno de sus seudónimos artísticos, ahora que ha vuelto a la vida... normal.
Ella asintió.
—Sí, muy probable —convino—. Prosiga, señora Elmwood, por favor.
—Bien, Grant..., es decir, mi esposo, me había hablado alguna vez de cierto negocio importante en perspectiva. No vamos a engañarnos ahora; quería sacar dinero a Ibbets, de nada serviría disimularlo. Yo le dije que si Ibbets era tan buen hipnotizador como aseguraba, podría sugestionarle también a él y ordenarle que olvidase el asunto. Grant se

echó a reír y me contestó que tenía la magia que contrarrestaría la magia del otro. Cuando le pregunté cómo lo haría, dijo que tenía una mascota infalible: su sombrero.
—¿Su sombrero? —repitió Stack, atónito.
—Sí. Dijo que lo había usado en más de una ocasión y siempre con éxito. Mi esposo había conocido a muchísimos artistas, de todos los géneros, y también, años atrás, se rela-cionó con otro hipnotizador, tan bueno o más que Ibbets. Ese artista, por lo visto, le indicó la forma de resistir las órdenes mentales de un hombre que quisiera apoderarse de su mente.
—¿Conoce usted el procedimiento? —preguntó Ruth ávidamente,
Fanny se levantó y volvió con un sombrero hongo de color perla en las manos.
—Mi esposo no se lo quita casi nunca. Algunos dicen que duerme con él puesto.
—Pero se lo ha olvidado en casa —dijo Stack.
—No. Tiene otro idéntico. Y, me parece, se llevó el que no servía para nada.
—No comprendo nada en absoluto —declaró el joven, desconcertado.
—Permítame, señora —solicitó Ruth.
Tomó el sombrero y dobló la badana, de modo que saliera al exterior. Luego, con una sonrisa de triunfo, mostró al joven lo que ocultaba la badana del sombrero.
Stack contempló estupefacto la rejilla de finísima red metálica, que rodeaba por completo el interior del sombrero y cuya anchura era de unos tres y medio o cuatro centímetros.
—¿Esto evita...?
—Sí —dijo Ruth con aire de triunfo—. Lo he leído en un libro escrito por un verdadero experto en parapsicología. Interfiere de un modo absoluto las emisiones de un sujeto con unos poderes excepcionales. Incluso los contactos telepáticos, si llega el caso.
—Parece brujería —dijo él, todavía pasmado—. En otros tiempos, alguien habría dictado una sentencia de muerte en la hoguera...
—Eran otros tiempos, pero los efectos de esa mente diabólica son plenamente actuales. —Ruth se volvió hacia la otra mujer-—. Dice que su esposo se confundió de sombrero.
—Sí, y por eso me siento muy aprensiva...
—La llamó desde Gunnislake —terció Stack.
—Eso dijo al menos, aunque no me dio otros datos —respondió Fanny.
—Está bien —dijo Ruth—. Gracias por todo, señora Elmwood. Lamentamos lo ocurrido y espero que su esposo se encuentre bien.
—Temo lo peor —dijo la afligida mujer—. Grant me dijo una vez que si Ibbets llegaba a enterarse de las cosas que había averiguado, le mataría sin vacilar...

—¿No le dejó ninguna nota escrita? —preguntó el joven.
—No. Es más, creo que no tenía intención de ver a Ibbets. Pero tuvo que pasar muy cerca de Gunnislake y por eso se desvió para hablar con ese sujeto.
—Debió ser una ocurrencia repentina —supuso Stack—. Ruth, quizá la señora Elmwood necesite... ayuda.
—Oh, sí, claro... —La joven abrió su bolso y entregó unos billetes a Fanny—. Acéptelo, se lo ruego.
Había lágrimas en los ojos de Fanny cuando se marcharon de la casa. En la calle, Ruth se volvió hacia su acompañante.
—-Delmont, tengo el presentimiento de que Magnussem ha causado una nueva víctima —dijo.
—Estoy de acuerdo contigo, pero, ¿cómo localizarlo? Sin duda, vive en algún paraje relativamente cercano a Gunnislake... ¡Aguarda! —dijo él de repente.
Ruth le miró con gran interés. Stack meditó unos instantes y luego continuó:
—Aunque era un asunto que llevaba Mersey personalmente, yo soy su socio y, por tanto, corresponsable de todo lo que pudiera suceder, bueno o malo. Jack estaba bien enterado de todo y, regularmente, tenía pocos secretos con su viuda. Iré a verla, Ruth.
—¿Crees que conseguirás algo positivo?
Stack sonrió. Ella le tuteaba por primera vez.
—Si consigo encontrar un mapa, o un plano, de las tierras Gunnison, quizá encuentre algún indicio que me permita localizar a Magnussem. ¿Te parece bien?
—Me parece estupendo. Y si quieres que te acompañe...
—No gracias. Quizá la señora Mersey se sintiese un tanto cortada al verte conmigo.
—Como quieras. ¿Me llamarás en cuanto sepas algo?
—Te lo prometo.
Media hora más tarde, Stack llamaba a la puerta del apartamento donde vivía Lily Mersey. No obtuvo respuesta.
Insistió varias veces. Al fin, descorazonado, volvió a la planta baja.
—Busco a la señora Mersey —se dirigió al conserje—. ¿Sabe si tardará mucho en volver?
—Lo siento, señor —contestó el hombre—. La señora Mersey se marchó ayer, sin dejar su nueva dirección.
—¿Qué es eso de nueva dirección? —se extrañó Stack.
—Es bien sencillo: ha alquilado otra casa. Lo dijo claramente al despedirse, aunque, insisto, no quiso dejar sus nuevas señas.
Stack se sintió muy inquieto. ¿Por qué había tenido que abandonar Lily su casa tan precipitadamente?

CAPITULO X

—Siéntese, señora Mersey —dijo Ibbets amablemente—. Y muchas gracias por haber acudido a mi llamada.
Lily ocupó un butacón de mullido terciopelo rojo. Cruzó las piernas y miró inquisitivamente al dueño de la casa.
—Me dijo que podía darme detalles sobre el misterio de la muerte de mi marido —manifestó—. ¿Acaso sabe lo que le sucedió?
—Sí, desde luego. Por favor, tranquilícese, señora. Procure relajarse... Relájese... Relájese... ¿No se siente cansada después de un viaje tan largo en coche?
—Sí, un poco. Pero no importa. Hable de una vez, se lo ruego.
—Verá, a su esposo le sucedió... Por favor, no se sienta inquieta. Relájese, relájese...
Lily frunció el ceño. ¿Qué diablos pretendía aquel excéntrico sujeto? ¿Por qué extendía las manos hacia ella de una forma peculiar, mientras la aconsejaba se mostrase calmada?
—Descanse, descanse... Ha hecho un viaje largo y fatigoso... Tiene deseos de dormir...
—¡En absoluto! —protestó Lily—. Estoy muy despierta y lo que menos deseo es dormir en estos momentos.
Ibbets respingó.
—Pero...
—¡Acabemos de una vez! —Lily se puso en pie—1 No he recorrido más de quinientos kilómetros para asistir a una farsa. ¿Qué es lo que quiere usted, sacarme dinero? En tal caso, sepa que ha perdido el tiempo...
Ibbets se desconcertó. ¿Cómo era posible fallar con aquella mujer que, pese a su apariencia, parecía débil de voluntad?
Miró fijamente a Lily. De pronto, reparó en algo que formaba parte de! tocado de la visitante.
Lily llevaba una especie de gorra de paño, a cuadros, demasiado atrevida para su edad. De pronto, alargó la mano y le quitó la gorra.
Revisó la prenda con manos febriles. Dentro encontró algunos hilos metálicos que servían apara dar cierta consistencia al armazón.
—Conque era esto —masculló,
Lily se enfureció. Ibbets no suponía que aquella mujer tenía un genio infernal cuando se la provocaba.
—¡Devuélvame mi gorra, miserable! ¿Es que se ha vuelto loco, estúpido? Si me ha tomado por tonta, está muy equivocado...
Alargó las manos para recuperar la gorra, pero Ibbets la rechazó violentamente. La furia de Lily aumentó indescriptiblemente.

Arañó el rostro de Ibbets. El hombre aulló.
Lily le pateó las piernas. Ibbets perdió el control de sus nervios y alargó las manos. Ella no pudo evitar que unos dedos de hierro se cerrasen en tomo a su garganta.
Enloquecido, Ibbets apretó y apretó… Los movimientos de Lily cuando ella dejó de moverse, Ibbets pareció recobrar la cordura.
Aflojó las manos. Lily cayó al suelo, como un montón de trapos.
Pasaron unos minutos. Ibbets se secó el sudor de la frente con un pañuelo. Luego fue a la consola y llenó una copa.
Angh apareció a los pocos momentos.
—Creí oír ruidos.
De pronto, reparó en la mujer que yacía sobre la alfombra y se sobresaltó.
—He perdido la cabeza —declaró Ibbets—. Me puse muy furioso…
—Esta vez no le han servido de nada sus poderes —dijo el criado, irónico.
—Convendría que te abstuvieses de comentarios desagradables —dijo el dueño de la casa—. Encárgate del cadáver, ¿quieres?
—Si algún día se destapa el pastel…
—Tampoco tú saldrías muy bien librado, Siddham.
—Eso es cierto.
Con aire indiferente, Angh se inclinó, cargó con el cuerpo de Lily y salió de la estancia. Al quedarse solo, Ibbets lanzó una maldición.
Había conseguido que Lily Mersey viniera a su casa, pero no le había servido para nada. Se preguntó si no habría cometido un error y era otra la mujer a la que hubiera debido llamar.
Los documentos Gunnison, pese a todo, estaban incompletos. Nervioso, se sirvió una generosa dosis de whisky. ¿Resultaría conveniente una visita a la propietaria?
Debería pensárselo muy bien y, sobre todo, encontrar un argumento que pudiera convencer a la dueña de los terrenos.

* * *

Envuelta en algo que parecía cientos de metros de tules rojos, azules y verdes, y con una ancha cinta en torno a las sienes, Arabelle Gunnison recibió al visitante con grandes muestras de afecto.
—¡Qué placer volver a saludarle, señor Stack! —dijo efusivamente—. Precisamente hoy pensaba llamarle, pero me he retrasado un poco, porque tuve que hacer algunas compras…
—Creí que había ido a visitar a una amiga —dijo él, mientras retenía ligeramente la mano de la dama.
—Fui, pero no se encontraba muy bien, así que abrevié
mi estancia en su casa. Pero venga, siéntese y charlaremos un poco. Estoy ansiosa de terminar de una vez ese condenado negocio, para ir a

enterrarme de por vida en aquel rincón paradisíaco de las Baleares. Allí todo es paz, tranquilidad, sencillez...
«Con dinero, no hay problemas. Apuesto a que no duermes una sola noche al raso ni tienes que mendigar para comer», pensó Stack, mientras se esforzaba estoicamente por soportar la incesante verborrea de Arabelle.
—Nunca he visto nada mejor en este mundo... ¿Whisky? ¿Vodka? ¿Jerez? Dígame qué prefiere, amigo mío; y pida sin remilgos. Me disgusta la hipocresía y la falta de sinceridad, y de esto abunda hoy muchísimo en este insoportable mundo... ¿Marcha todo bien?
¿Necesita usted algo de mí? Pero no se quede ahí, envarado como si estuviese ante un tribunal que fuese a juzgarle por asesinato... Relájase, compórtese como en su propia casa... ¿Un cigarrillo?
Stack tomó la copa que le ofrecía la parlanchina mujer, sin reparar demasiado en su contenido. Arabelle seguía hablando sin descanso, como si su cuerpo contuviese una cinta grabada de duración infinita. «¿Dónde estará el interruptor de paro?», se preguntó Stack, que ya empezaba a sentir dolor de cabeza.
De pronto, ella le ofreció un cigarrillo encendido. Stack aspiró una bocanada y luego empezó a toser con gran violencia. Un olor peculiar se expandió por la estancia.
—¡Diablos! ¿Qué es esto? —Olfateó el aire con fuerza y aplastó el cigarrillo contra el cenicero—. Oiga, no me gusta la... la «hierba» —dijo irritado.
Arabelle estaba en pie, apoyada en una consola. En la mano izquierda sostenía otro cigarrillo análogo.
—Delmont, le seré sincera —contestó—. Tampoco a mí me gusta. Detesto la «hierba». Pero, a veces, es de buen tono fumar un cigarrillo... Claro que no me trago el humo... Ni que estuviera loca... ¿Qué me decía usted, amigo mío?
Stack meneó la cabeza. Aquella mujer tenía menos sesos que un mosquito. Conseguiría una fortuna con la venta de los terrenos y la disiparla con tanta rapidez como el cigarrillo que estaba fumando.
—No le decía nada, pero se lo voy a decir. Sé que los documentos Gunnison estaban incompletos. Falta uno, mi; importante, el plano de la propiedad, debidamente registra-do. ¿Lo tiene usted por casualidad en casa?
Arabelle levantó la vista al techo.
—Plano, plano... —repitió—. Espere, creo que sí... Voy a ver...
Dejó el cigarrillo, dio media vuelta y echó a andar. Una de las puntas de su vestido quedó enganchada en algo y se oyó un sonido de tela que se rasgaba. Arabelle dio varios pasos antes de percatarse de lo que sucedía. Entonces se detuvo, volvió la cabeza y miró al joven, a la vez que lanzaba una risita.

Stack carraspeó. Arabelle había quedado sólo con el sostén y las bragas, pero no parecía apurarse demasiado por su escasez de ropa.
—¿Por qué no me acompañas a buscar el plano? —sugirió.
Stack contuvo una respuesta colérica.
—Señora, no he venido aquí para...
Arabelle se le acercó, le echó los brazos al cuello y apretó contra el pecho del joven sus senos perfumados.
—Si no vienes conmigo, no te daré el plano —dijo, fingidamente mimosa.
Stack maldijo entre dientes. Aquella zorra inconsciente...
Ella empezó a besuquearle. De pronto, con una sola mano, se soltó el sostén y dejó sus pechos al aire. Luego volvió a colgarse de su cuello y empezó a moverse impúdicamente.
—Ven, querido, ven... Buscaremos el plano juntos...
Una hora más tarde, Stack abandonaba la casa echando pestes. Procuraría no ver más a aquella mujer, cuya inconsciencia alcanzaba límites indescriptibles. Pero, al menos, se dijo, había conseguido el plano.
En cuanto tuvo ocasión, llamó a Ruth para comunicarle la noticia, pero la joven no
estaba en casa. Volvió a la suya, fue a su gabinete de trabajo, extendió el plano sobre la mesa y empezó a estudiarlo a fondo.

* * *

Ruth Cobb llegó a la casa de Arabelle apenas media hora más tarde de la marcha del joven. Una doncella acudió a recibirla y Ruth le entregó una tarjeta de visita.
—Tenga la bondad de esperar, señora —dijo la sirvienta.
Arabelle apareció minutos más tarde, atusándose el pelo con displicencia.
—¿Señorita Cobb?
—Dispense mi atrevimiento —dijo la joven—. No nos conocernos y, sin embargo, me he permitido venir a visitarla, para pedirle que no venda los terrenos Gunnison.
Arabelle respingó.
—¿Cómo se atreve?
—Verá, es muy largo de contar y sé que no tengo derecho...
—No, no tiene ninguno —cortó Arabelle fríamente—. Y si ha terminado ya de hablar, le agradecería se marchase en el acto de mi casa.
En aquel instante, apareció la doncella con una bandeja en la mano.
—El correo, señora. Además, la llaman por teléfono... Es el señor Guildford, el director de su Banco...
Arabelle palideció. A Ruth le extrañó aquella repentina palidez. ¿Tenía

dificultades aquella mujer?
—Hablaré desde mi dormitorio, gracias —dijo apresuradamente, a la vez que salía casi a la carrera de la habitación.
—Bien, señora.
Ruth quedó en el mismo sitio. La doncella le hizo una cortés pregunta:
—¿Desea que le sirva una taza de té, señora?
—No, muchas gracias.
Ruth se preguntó por qué había ido a ver a Arabelle Gunnison. ¿Era una decisión acertada? ¿No debería haberlo consultado antes con Delmont?
Un tanto inquieta, paseó la vista por la decoración. De pronto, vio la bandeja con el correo. Había algunas cartas de propaganda, una invitación para una fiesta social, parecía, y otra con un matasellos de fuera de Londres.
Examinó el matasellos. Creyó que se le paraba el corazón cuando vio la palabra Gunnislake. Dio la vuelta al sobre, leyó la dirección y, de repente, obedeciendo a una corazonada, guardó la carta en su bolso y se dirigió hacia la puerta.
En el vestíbulo se encontró con la doncella.
—Dígale a la señora Gunnison que me he marchado y que dispense mi actitud de hace unos momentos.
—Sí, señora.
Ruth leyó la carta momentos más tarde, en el coche. Entonces concibió una idea y se dijo que resultaría interesante ponerla en práctica.
Pero no le diría nada a Stack. El joven no aprobaría su proyecto. Y aunque insistiese,
podía hacer algo que lo echase todo a perder. Lo único que cabía hacer era volver a casa, para cambiarse de ropa y preparar la marcha de inmediato.
Arabelle volvió a poco al salón y se encontró con que la visitante había desaparecido.
—Se ha marchado, señora —informó la doncella—. Me rogó la disculpara por su actitud...
—Estaba loca —dijo Arabelle, furiosa.
Las noticias que había recibido del Banco no eran buenas. Tenía que vender los terrenos cuanto antes o podía ver embargada la residencia que ahora ocupaba.

* * *

Era ya bien entrada la noche, cuando Stack encontró lo que buscaba.
—¡Aquí está! —exclamó jubilosamente.
Tenía la solución. Los documentos robados no valían nada sin el plano que se hallaba extendido ante sus ojos. Pero, además, había

descubierto algo muy interesante.
Ahora ya sabía dónde encontrar a Fulton Ibbets, alias Phoenix de Gold y Magnus Magnussem. El sujeto había sabido ocultarse bien, pero su escondite estaba indicado en aquel plano, como si él mismo hubiese anunciado a toda plana en los periódicos.
Enrolló cuidadosamente el plano y llamó a Ruth. Ella debía conocer la buena noticia, se dijo. Además, deberían discutir la táctica conveniente para aproximarse a Ibbets.
Levantó el teléfono y una doncella le dio una poco agradable respuesta:
—Lo siento, señor Stack; la señorita ha salido de viaje.
—¿Cómo dice? —preguntó el joven, que no acababa de creer en lo que había escuchado.
—Así es, señor. Ella vino poco después de mediodía, se cambió de ropa, preparó un pequeño maletín de viaje y se marchó inmediatamente.
—Pero, ¿no dijó adónde iba?
—No, señor. Lo único que dijo es que no temiera por ella, que estuviese tranquilo y que volvería mañana por la noche lo más tarde.
Stack se mordió los labios. ¿Habría descubierto Ruth la guarida de Ibbets?
Pero no, no era posible. Se había marchado por otros motivos… y él no podía esperar tanto.
—Gracias —contestó—. Cuando venga, dígale que estoy fuera, pero que regresaré también mañana por la noche.
—Así se lo diré, señor.
Stack dejó el teléfono, Consultó la hora. Pasaban de las nueve. No le agradaba conducir durante toda la noche, para llegar a Gunnislake a las tres o las cuatro de la madrugada. Era preferible salir alrededor de las dos.
A las nueve podía estar perfectamente en Gunnislake. Y de allí al escondite de Ibbets, había escasamente diez minutos en automóvil.

CAPITULO XI

Había pernoctado en un hotel de Gunnislake y, a las nueve de la mañana, llamaba a la puerta de la casa donde vivía Ibbets.

Ruth vestía un traje ligero, con una chaqueta de punto y una gorra de lana muy fina, pero grande y de color azul oscuro. Dentro de la gorra, había una banda de finísima red metálica que ceñía su cráneo completamente.

La gorra estaba calada casi hasta las cejas y, por detrás, ocultaba el pelo. No ofrecía un aspecto muy elegante, pero Ruth sabía que en aquellas circunstancias, lo práctico resul-taba mucho más seguro.

Angh, el sirviente, abrió la puerta.

—Señora...

—Soy Arabelle Gunnison —dijo ella con todo desparpajo—. Deseo hablar con el señor Ibbets.

—Oh, perfectamente. Tenga la bondad de seguirme, señora. Avisaré al señor inmediatamente.

Sujetando el bolso con las dos manos, Ruth pasó al salón. Esperó unos momentos, procurando dominar la excitación que la poseía. Se preguntó si su proyecto tendría éxito. «Animo, no decaigas, ahora que ya has conseguido lo más difícil».

Ibbets apareció a poco, vestido con una elegante batín corto y pañuelo de seda al cuello. Sonrió al ver a su visitante y, con gran cortesía, le besó la mano.

—Ha recibido mi carta, señora Gunnison —dijo.

—En efecto —contestó Ruth.

—Entonces, imagino que está dispuesta a vender.

—Si el precio es conveniente...

—¿Un millón?

—Pensaba pedir doscientas mil más.

—Oh, es preciso tener en cuenta que el pago será al contado. Siempre se hace una rebaja en esas condiciones.

—De acuerdo. Un millón.

—Pero falta una cosa. ¿Tiene el plano certificado?

Ruth no sabía de qué se trataba, pero juzgó conveniente dar una respuesta evasiva.

—Ignoraba que le fuese necesario...

—Lo es. No lo ha traído consigo, supongo.

—No, lo siento. Pero está en casa. Se lo enviaré por correo inmediatamente.

—Siendo así, no hay más que hablar. Por favor, señora, ¿quiere sentarse aquí? Voy a preparar todos los papeles...

Ruth se acomodó en un butacón, mientras el sujeto iba a una consola y sacaba una carpeta con documentos. La dejó sobre una mesa y se acercó a la joven.
De pronto, extendió ambos brazos hacia ella, con las palmas de las manos abiertas.
—¡Duérmete! —ordenó con voz tonante—. Duerme, duerme... Descansa... Estás muy cansada, Arabelle Gunnison, y sientes vivos deseos de dormir... Duerme, duerme...
Ruth se fijó en la mirada de Ibbets y sintió miedo. Aquellos ojos parecían poseer una
fuerza indescriptible, un poder que venía del más allá, conferido acaso por infernales potencias... Durante unos momentos, sintió un terrible vértigo y hasta creyó que la cabeza le iba a estallar.
Pero la banda de red metálica hizo sus efectos y resistió. Sin embargo, cerró los ojos y se reclinó en el sillón.
Era parte de su plan.
Ibbets sonrió satisfecho.
—Y ahora, Arabelle Gunnison, firmarás estos papeles —dijo.
Se acercó a ella, con la carpeta abierta, y le entregó una pluma, indicándole el lugar donde debía estampar su nombre.
Ruth firmó como Arabelle Gunnison sin sentir el menor remordimiento. Aquella falsa firma invalidaría por completo ¡os documentos por cuya causa habían muerto tantas personas.
Y era la sentencia contra el hombre que había asesinado a su hermana.

* * *

El tanque de la gasolina estaba casi vacío. Stack se detuvo en una estación de servicio que había a la entrada de Gunnislake. Divisó una cafetería y pensó que una taza de café y un trozo de pastel, le sentarían bien.
—Por favor, deje el coche frente a la cafetería —indicó al mozo, a la vez que le daba una corona de propina.
—Descuide, señor.
E! desayuno le confortó notablemente. Al terminar, abonó la nota y miró a la camarera que le había servido.
—Quiero pedirle algo —dijo.
—Tengo novio y su mal genio es proverbial en la comarca —sonrió la *barmaid.*
—Entonces, la regalaré un látigo, una silla y un manual para aprender a domar fieras —contestó él jovialmente—. En serio, sólo quiero orientarme. Me dirijo a White Mail y no estoy seguro de conocer el camino. ¿Podría indicármelo?
—Debe tomar la primera desviación a la derecha. A cinco millas, hay

un camino sin asfaltar. Sígalo y dos millas más adelante, se encontrará en White Mail.
Stack dejó una buena propina sobre el mostrador.
—Siento envidia de su novio —sonrió.
—No lo crea. Es tuerto, le faltan un brazo y la pierna derecha y, además, le huele el aliento.
El joven se echó a reír.
—Su humor es envidiable —dijo.
Cuando salió, el coche estaba ya listo. Consultó la hora. Pasaban algunos minutos de las nueve.
Poco después, entraba en el camino sin asfaltar, que estaba bordeado por una frondosa vegetación y con numerosas curvas que impedían ver a cierta distancia el panorama. De pronto, notó que el coche se ladeaba.
Conteniendo la ira, se apeó y examinó la rueda tan intempestivamente deshinchada. Por un momento sintió la tentación de ir a pie, pero pensó en una posible retirada que exigiera rapidez y no lo conseguiría sin el coche en condiciones. Por tanto, se quitó la chaqueta, sacó el gato y empezó a trabajar para cambiar la rueda.

* * *

Angh asomó la cabeza y vio a la joven dormida.
—Lo ha conseguido —exclamó.
—¡Al fin! —suspiró Ibbets.
—Ha costado, ¿verdad?
Ibbets torció el gesto.
—Hubo momentos en que me pareció iba a fracasar —confesó.
—Sobre todo, cuando la señora Mersey le dio tan malas noticias.
—¡No me hables de esa espía!
—Bueno, está muerta, ya no puede hacerle daño...
Ibbets se pasó una mano por la frente.
—Nunca me había pasado una cosa semejante, pero esa mujer me sacó de quicio...
—Lo mismo que su esposo, ¿verdad? —dijo Angh sarcásticamente.
—¿Quieres callarte? —dijo Ibbets, furioso—. Hemos pasado muchos meses, preparando el asunto. El comprador está listo. En cuanto le diga que soy el propietario, vendrá con el dinero. Entonces nos marcharemos del país.
—Y que nos echen un galgo, ¿verdad? Nadie podrá encontrar jamás al hombre que era capaz de matar a distancia...
—Siddham, ¿sabes que te estás comportando como no debes?
—Lo siento, «sahib». Le ruego me disculpe.,.
—Está bien, basta de discusión. Con ésta ya hemos terminado. Falta el plano, pero lo tiene en la casa y mañana iremos a buscarlo.

—Pregúntele dónde está exactamente. De este modo, no cometeremos errores.
—Sí, tienes razón. Señora Gunnison, indíqueme dónde guarda usted el plano.
Ruth lo oía todo perfectamente, pero continuaba manteniendo la ficción. Por un momento, se sintió muy turbada, pero, se dijo, Ibbets no llegaría nunca a la casa de Arabelle.
—En el gabinete de trabajo... de mi difunto esposo... Es un rollo guardado en un tubo de metal, junto a la ventana del lado Sur.
La voz de 1a joven era átona, sin modulaciones. Ibbets sonrió satisfecho.
—Muy bien, gracias, señora, Siddham, ya puedes preparar la escena.
—Bien, «sahib».
El criado se marchó. Ibbets movió una mano.
—Levántate, Arabelle Gunnison... Levántate...
La joven obedeció. Entonces, abrió los ojos. Al mismo tiempo, extrajo un pequeño revólver de su bolso.
—No estoy hipnotizada ni me llamo Arabelle Gunnison —declaró.

* * *

La rueda estaba ya puesta en su sitio. Stack se limpió las manos con un trapo, emitió un par de reniegos y, tras ponerse la chaqueta, volvió al coche, que arrancó de inmediato.
Milla y media más adelante, divisó la casa entre los árboles. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?, se dijo, un tanto frustrado.
Ibbets deseaba las tierras Gunnison. Aquella casa pertenecía a la propiedad. Estaba deshabitada; hacía muchos años que los Gunnison no habían vuelto por allí, y menos Arabelle, tras la muerte de su esposo.
Además, Ibbets usaba su verdadero nombre. Nadie le conocía si no era por los seudónimos artísticos. ¿Quién iba a sospechar de él?
Con gran esfuerzo, consiguió la maniobra para dar la vuelta al coche. Había una explanada ante la casa, pero no quería ser visto saliendo del automóvil. Lo dejaría allí; si tenía que emprender una retirada veloz, perdería menos tiempo.
Haciendo saltar las llaves en la mano, avanzó hacia el edificio. El camino se ensanchó poco después. La vegetación se aclaró. Al fin, Stack llegó a terreno descubierto.
La casa estaba a unos cincuenta o sesenta metros. Había un coche parado ante la puerta.
De pronto, sintió que se quedaba sin aliento.
—¡Dios mío! ¿Qué hace esa mujer aquí? —exclamó, al reconocer el automóvil de Ruth.

CAPITULO XII

Ibbets vio el revólver y oyó la declaración de la joven, y se quedó petrificado. Durante unos segundos, se sintió incapaz de pronunciar una sola palabra, sumido en un absoluto desconcierto.
—Así es —añadió la joven—. Al fin le he encontrado a usted y ahora pagará todos los crímenes que ha cometido.
—Pe... pero, ¿quién demonios es usted? —dijo Ibbets, cuando, al fin, pudo articular algunas palabras.
—No nos parecíamos mucho, esta es la verdad. Ella era algo más baja, rubia, bastante despreocupada.,, y tenía cinco años menos. Se llamaba Daisy Cobb, por si lo ha olvidado.
—¡Daisy Cobb! —repitió el hombre—. Entonces, usted es...
—Ruth, su hermana. Me prometí a mí misma que un día encontraría al hombre que la obligó a morir, Lo he conseguido, señor Ibbets... Magnus Magnussem y también Phoenix de Gold.
Ibbets empezó a reaccionar.
—Sabe muchas cosas —dijo.
—Sí, conozco sus poderes mentales y la fuerza casi infinita de que dispone, pero conmigo no le servirá de nada. —Ruth movió el revólver —. Señor Ibbets, ahora mismo va a usar ese teléfono que tiene ahí, pero, en vez de llamar al «club» de Dora Carpatti, llamará a la policía de Gunnislake. Les dirá que sabe quién es el asesino de Jack Mersey, para empezar, y que lo tiene a la vista. Cuando vengan los policías, yo me encargaré del resto.
—Y, ¿qué pasaría si me negase?
—Le mataría —dijo la joven sin vacilar—. Después me rasgaría las ropas, diría que intentó abusar de mí... Sufriría muchos inconvenientes, pero no se preocupen, ya no los vería usted.
—Está muy enterada de ciertas cosas...
—Hace tiempo que ando detrás de usted. ¿Por qué mató a mi hermana?
—El no lo hizo.
Ruth, sorprendida, miró hacia la puerta del fondo, por donde acababa de aparecer el criado hindú. Angh continuó:
—Lo siento, pero Daisy había averiguado la verdad. Entonces, no nos convenía que se divulgase.
—Ni ahora tampoco, Siddham —dijo Ibbets.
—Es cierto —admitió el hindú.
—¿A qué verdad se refieren ustedes? —preguntó Ruth, desconcertada.
Angh soltó una risita burlona,
—Lo sabrá usted... en el último momento de su existencia —contestó.

—Le advierto que tengo un revólver y que sé utilizarlo —dijo la joven resueltamente—. Pero es que, además de ese otro enigma que han mencionado, existió otra causa para que matasen a Daisy. Ella vivía una existencia libre, independiente, carente en absoluto de pretensiones, pero ustedes sabían que era poseedora de una gran fortuna. La mitad
de cuanto dejaron nuestros padres al morir era suyo. Querían obligarla a que firmase documentos que les permitiesen entrar a saco en esa fortuna. ¿Me equivoco?
—En buena parte, tiene razón —admitió Ibbets.
—La tengo totalmente. Si luego descubrió algún otro secreto, eso ya no es tan importante. En todo caso, lo que interesa realmente es que murió, porque usted, señor Ibbets...
—Insisto, lo hice yo —dijo el hindú.
Ruth volvió la mirada hacia Angh. Había un poder casi infinito en aquellos ojos negros, pero que parecían brillantes como carbones encendidos. Y, de súbito, So comprendió todo.
Stack también lo comprendió.
Estaba fuera, junto a la ventana de la estancia en que se desarrollaba la escena, escuchando a través de una rendija que había abierto al levantar un poco el bastidor. Por el momento, Ruth estaba relativamente segura. Era preferible seguir escuchando y enterarse de todo cuanto ignoraban ambos hasta aquel momento.
Los labios de la joven temblaron.
—Entonces... es usted...
Angh sacó el pecho. De pronto, parecía un gigante. Sus ojos parecían ventanas abiertas al interior de un cerebro que hervía con un fuego indescriptiblemente poderoso.
—¡Sí, yo soy! —exclamó con voz tonante—. El incomparable Magnus Magnussem, el gran Phoenix de Gold, el único, el que tiene la fuerza y el poder de la vida y de la muerte...
Angh parecía transfigurado. Stack vio en él una aura de satánico orgullo, de absoluta complacencia en su casi ilimitado poder mental.
—Este hombre que ve aquí fue, en realidad, mi servidor, aunque aparentásemos lo contrario —prosiguió el hindú—. Claro que la mayor parte de las veces actuaba en ios escenarios. Es cierto que tiene algunas facultades, pero en gran número de ocasiones empleaba trucos. Yo le vi una vez y decidí que era el hombre que necesitaba. Sin embargo, había momentos en que se precisaba una mayor autenticidad en el escenario. Yo tomaba entonces su puesto, convenientemente maquillado, y nadie notaba la diferencia; por el contrario, se acrecentaba su fama y aumentaba su reputación.
—Hasta el momento en que Daisy descubrió la verdad.
—No podíamos permitir que la divulgase —contestó Angh con

espantosa frialdad.
—Y luego vinieron aquí...
—Daisy murió y el plan falló. Entonces, descubrimos el litigio sobre la propiedad Gunnison. Pensamos que podía ser un buen medio de conseguir una fortuna. Lo demás, Mersey, Carol Varna, Vivy, Esmeralda Batter, Elmwood, la señora Mersey, son accidentes sin importancia.
—Si, «herramientas» de un solo uso. Se emplean una sola vez y luego se tiran.
—Exacto.
—Es decir, en el fondo, usted perseguía el dinero.
Angh rió burlonamente.
—Es lo que todos perseguimos, ¿no? Si uno posee ciertas cualidades, ¿no resulta lógico obtener el mayor provecho posible de ellas?
—A costa de las vidas ajenas.
—Eso carece de importancia para mí —respondió el hindú con claro acento despectivo.
—Y este revólver —dijo Ruth, moviendo levemente el arma—, ¿también carece de importancia para usted?
—¡Suéltelo! —ordenó el hindú.
—¡Siddham, está protegida! —gritó Ibbets.
Angh pareció sorprenderse. De súbito, alargó la mano.
A Ruth le pareció que el brazo de Angh se estiraba infinitamente. Antes de que pudiera evitarlo, el revólver voló por los aires.
Stack se preparó para intervenir. El hindú, sin embargo, no parecía continuar haciendo otros gestos hostiles contra la muchacha.
—Siddham, tenemos que quitarla de en medio —dijo Ibbets.
Angh se volvió hacia él.
—Esto es el fin —exclamó—. Ella es una muchacha lista; habrá dejado alguna pista. No podemos seguir.
—Muy bien, la eliminaremos y luego nos marcharemos...
—Me iré yo solo.
Ibbets frunció el ceño. Repentinamente, Angh movió las dos manos:
—¡Muérete! —gritó—. Fulton Ibbets, ordeno que te mueras... ¡Muere, muere, muere...!
Ibbets lanzó un espantoso chillido. También extendió las manos, como intentando detener aquella invisible corriente de fluido mortal que emanaban de los ojos del hindú. A su vea, intentó luchar contra la poderosa fuerza psíquica de! que hasta entonces había sido un criado atento y servicial.
A Ruth ¡e pareció ver unas líneas luminosas que iban de un sujeto al otro, como descargas eléctricas que brotaban de las respectivas mentes. Pero el poder de Ibbets era muy inferior al del hindú,
Ibbets se llevó las manos al pecho. Su boca se torció grotescamente.

Los dedos se crisparon sobre la camisa. De pronto, pareció oírse un chasquido.
Las rodillas de Ibbets se doblaron. El sujeto empezó a girar hacia su izquierda. Cuando terminó el movimiento de giro, estaba ya en el suelo.
Entonces, Angh se acercó a la muchacha.
—Ven —dijo, sonriendo diabólicamente—. De Ibbets pensarán que murió a causa de un paro cardiaco. Tú tienes que morir de otra forma... de una manera que nadie jamás pueda encontrar el menor rastro de tu cuerpo.
Angh suspiró.
—Un cuerpo tan hermoso, rebosante de atractivos...
Ruth dio un paso hacia adelante. La cinta de red metálica protegía su mente, pero no era una protección absoluta, como en el caso de Ibbets. Los poderes de Angh eran infinitamente superiores.
Sin embargo, conservaba toda su consciencia. Decidió no resistirse por el momento, a fin de conservar todas sus energías psíquicas. Mansamente, caminó hacia el hueco abierto por la estantería que Angh había hecho ya girar a un lado.
Cuando los dos desaparecieron por el hueco, Stack terminó de abrir la ventana y saltó al interior.
Pasando por encima del cadáver de Ibbets, alcanzó el pasadizo. Ganó unos metros y vio
a Ruth y al hindú parados ante una puerta de metal.
Angh lucía una sonrisa que parecía la de un demonio. De pronto, abrió la puerta.
Un sordo rugido brotó del hueco, cuando las llamas se hicieron visibles, despidiendo un calor intolerable. Al mismo tiempo, Angh arrancaba de un manotazo la gorra de la joven.
—¡Salta...! —empezó a decir.
Stack actuó instantáneamente, sin permitir que el perverso hindú completara su orden. Fue un gesto velocísimo; era preciso impedir que aquella mente tuviera tiempo de reaccionar.
Las manos del joven alcanzaron a Angh cuando éste empezaba a volverse. Angh emitió un horripilante alarido cuando se sintió empujado con tremenda fuerza hacia el horno llameante.
El hindú cayó en aquel fuego. Stack llegó a pensar que había un pozo muy profundo, pero estaba equivocado.
Angh rodó sobre las llamas, que le envolvieron en el acto. No obstante, consiguió ponerse en pie. Su cintura quedaba al nivel del suelo de la habitación circular.
Gritó horriblemente y extendió las manos, mientras sus ropas ardían con fulgurantes llamaradas y su cuerpo se retorcía en violentísimas convulsiones. ¿Suplicaba o, a pesar de su situación, quería utilizar una

vez más sus infernales poderes?
Stack decidió ignorarlo. Empujó la puerta con violencia y echó el pestillo de seguridad. Luego se apoyó en la pared, jadeante, sin aliento, pero también feliz por haber rescatado a la joven en el último instante.
En aquel momento, Ruth cerró los ojos, suspiró y, tras doblar las rodillas, se vino al suelo. Stack se precipitó a recogerla y, con ella en brazos, abandonó la estancia donde se consumía un asesino que había empleado su mente para cometer sus crímenes.
Miró a la joven con simpatía. Ruth se había comportado muy imprudentemente, pero no le haría el menor reproche.

* * *

Aceptó la taza de té que le tendía ella y removió ligeramente el azúcar.
—Lo que había allí era un truco teatral —explicó—. Algo de petróleo, gas combustible y conductos de aire que avivaban la llama. Una forma morbosa de asesinar a algunas personas.
—Como Jack Mersey, por ejemplo.
—Sí, y también Esmeralda Batter. Sin embargo, estrangu
ló a Lily Mersey. Bueno, So hizo Ibbets, pero es lo mismo. Tan criminal era uno como el otro.
—Entonces, pretendían quedarse con los terrenos...
—Ibbets era un gran conquistador. La señora Gunnison tuvo un romance con Mersey hace algún tiempo. Asi se enteró del litigio de su propiedad. Hay bastantes intereses en juego: inmobiliarias, entidades oficiales que quieren crear un parque... A ella sólo le interesa vender, a quien sea y al mejor precio posible. Mersey se encargó del asunto y le robaron los documentos, pero fue como robar un libro al que le faltase una página.
Siempre estaría incompleto, sin el plano oficial.
—Bien, pero hubo un fallo en sus planes. ¿Cuál fue?
—Arabelle Gunnison. Es una veleta. De pronto, se marchó a Ibiza. Mersey, sin embargo, la representaba y no estaba dispuesto a que se aprovechase un tipo desaprensivo. Por tanto, Ibbets tuvo que variar sus planes y consiguió que Carol Varna entrase a trabajar como secretaria de mi socio. Luego, casi al mismo tiempo, llegamos tú y yo...
Ruth hizo un gesto con ¡a cabeza.
—Pero Carol ardió y no había el menor fuego en la casa —dijo.
—La potencia mental de Siddham alcanzaba límites que nunca seremos capaces de imaginar —respondió Stack—. No olvidemos su origen hindú; en aquellas tierras, existen cosas misteriosas, inalcanzables para los simples mortales. De otro modo, ¿cómo creer en

las dos personas que murieron, tu hermana una de ellas, sólo porque Siddham lo ordenó?
—Es cierto —murmuró la joven—. Tendremos que visitar a la señora Elmwood, ¿no te parece?
—Ya lo he hecho yo. He procurado suavizar la cosa. Elmwood era un tunante. Estaba ai tanto de muchas cosas, aunque ignoraba, como todos nosotros, que el verdadero cerebro que movía los hilos de esta siniestra trama era el de Siddham Angh. Sencillamente, Elmwood se pasó de listo cuando quiso extorsionar a Ibbets.
—¿Qué habría hecho Siddham, de haber conseguido matarme?
—La policía encontró en la casa bastante dinero. Siddham lo habría empleado para escapar... y tal vez, andando el tiempo, habría encontrado otra marioneta como Ibbets.
—Para seguir su carrera de crímenes.
—Sí, pero los tipos como Siddham tienen siempre abierta una puerta: la que conduce a su destrucción, la puerta del infierno —contestó él dramáticamente.
Sobrevino un momento de silencio. A Ruth le parecía como si aquellos sucesos se hubiesen producido decenas de años atrás, en vez de haber ocurrido todo apenas tres días antes.
—Delmont, ¿qué piensas hacer ahora? —preguntó de sopetón.
—Bueno, Arabelle Gunnison me ha pedido que concluya el asunto. Ahora se resolverá todo satisfactoriamente. No tendremos que pagar indemnización, hemos evitado la ruina y me ganaré una buena comisión, cuando se realice la venta, cosa que, supongo, se hará en plazo muy breve. Después...
—Delmont, yo necesito un hombre de confianza para que sustituya al administrador infiel, que despedí hace tiempo.
—¿Tratas de pedirme que yo me encargue de ese trabajo?
Ella sonrió.
—¿Te disgustaría?
Stack la contempló durante unos segundos.
—¿Y sí yo te pidiera un puesto más próximo a ti? —dijo al cabo.
—¿Por ejemplo?
—Estás soltera. ¿No has sentido nunca deseos de casarte?
—Quizá es que nunca acabaron de gustarme del todo mis pretendientes.
—Eres exigente, parece.
—Prueba tú, Delmont.
Stack sonrió.
—Espero que la prueba resulte satisfactoria —dijo.
—Yo también, querido —contestó Ruth.

FIN